

1
I
729

JUEGOS FLORALES

CELEBRADOS

POR LA

ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA

DEL

Liceo de Málaga.

El día 8 de mayo de 1872.

ACTA DE LA SESION,

DISCURSOS QUE EN LA MISMA SE MENCIONAN,

INFORME DEL JURADO CALIFICADOR

y

POESIAS PREMIADAS

MÁLAGA.

Correo de Andalucía.

1872.



DNT

XIX

1772



JUEGOS FLORALES.



21 cms

R-16152

10.000



JUEGOS FLORALES

CELEBRADOS

POR LA

ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA

DEL

Liceo de Málaga,

el día 8 de Junio de 1872.

ACTA DE LA SESION,

DISCURSOS QUE EN LA MISMA SE MENCIONAN,

INFORME DEL JURADO CALIFICADOR

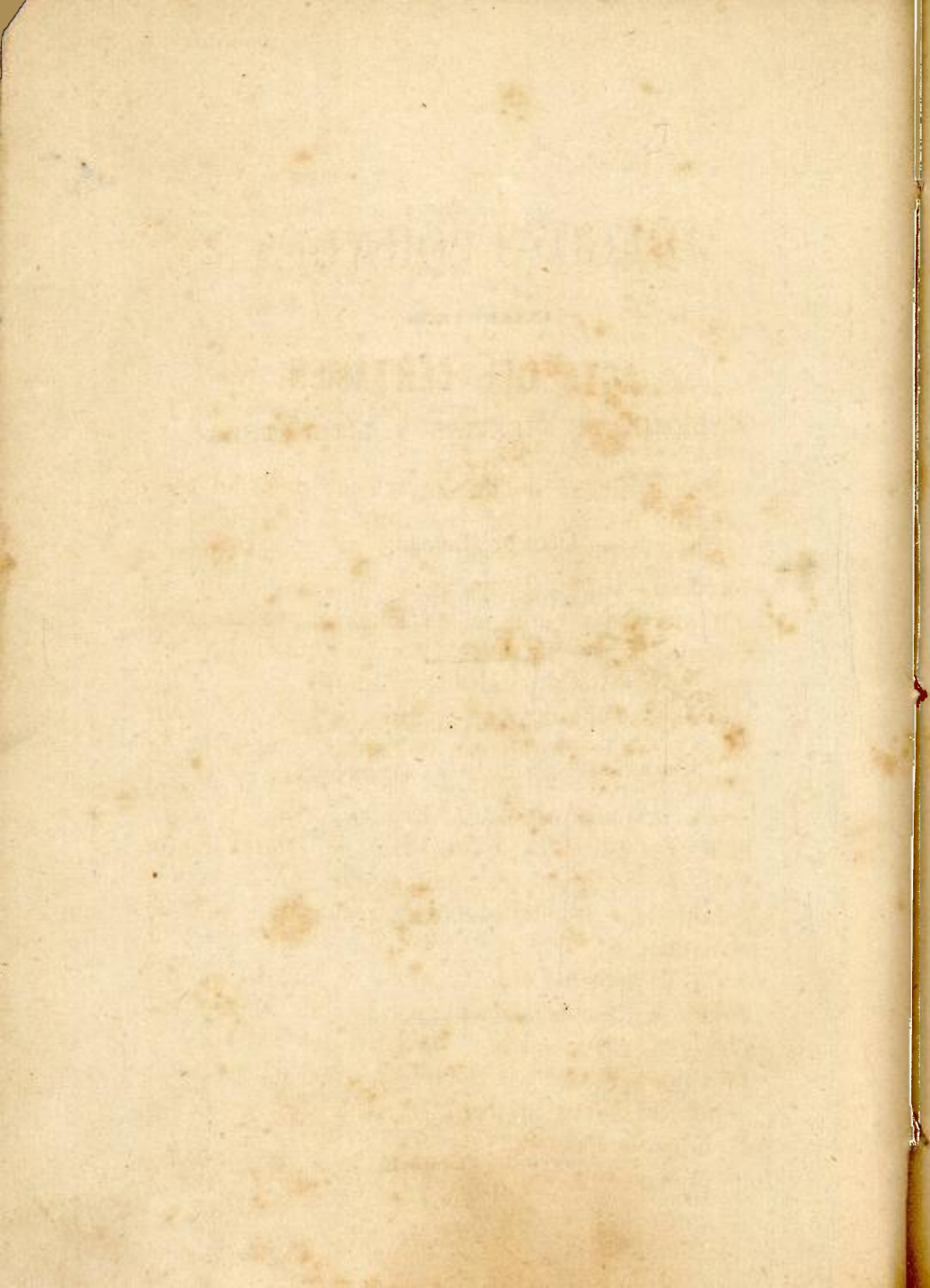
Y

POESÍAS PREMIADAS.

MÁLAGA.

Correo de Andalucía.

1872.



ACTA DEL CERTÁMEN.

En la ciudad de Málaga, á ocho dias del mes de Junio del año 1872, se reunió la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo de dicha ciudad, convocada por su digno presidente, con el fin de adjudicar los premios á las mejores producciones presentadas para los Juegos florales anunciados, segun convocatoria publicada en su dia.

Ocupaba el centro de la gran tribuna del salon de sesiones la presidencia de damas, compuesta de la Sra. D.^a Julia Zulueta de Marra Lopez y de las Srtas. D.^a Ana Arssu, D.^a Brújida Ávila, D.^a Cármen Cruz-Ulloa, D.^a Clara Pries, D.^a Maria Ramos y D.^a Josefa Ugarte-Barrientos, que con la mayor galantería se brindaron á desempeñar tan honroso cometido.

A la derecha de esta mesa se hallaba la del Jurado calificador, ocupada por los Sres. D. José Piñon y Silva, presidente, D. Juan José de Salas y D. Francisco Guillen Robles, secretario, habiendo dejado de asistir los Sres. D. José de Carvajal y D. Eduardo Palanca.

A la izquierda de la mesa presidencial se hallaba

la de la Junta de la Academia, representada por los Sres. D. Antonio Fernandez del Castillo, presidente, D. Antonio Palacios, D. Rafael Lopez Dieguez y el infrascrito secretario, no asistiendo el Sr. D. Félix Rando y Barzo.

Entre la mesa presidencial y las del Jurado calificador y Junta de Academia, se hallaban los Sres D. José Marra Lopez, presidente del Liceo, D. Joaquin Narvaez, vice-presidente, D. Eduardo Spiteri, tesorero, D Adolfo Janer, contador, y D. Francisco Galwey Mongrand, secretario, que componian aquella noche la Junta Directiva del Liceo.

Precedió al comienzo del acto literario la audicion de la escelente sinfonia de la ópera *Blanca de Castilla*, del Mtro. D. Antonio J. Cappa, ejecutada por la orquesta, bajo la direccion del mismo autor de aquella notable obra, digno miembro de la Seccion de Música de este Liceo.

A las nueve y media de la noche abrió la sesion la Sra. Presidenta y concedió la palabra al Sr. Presidente de la Academia, quien leyó un discurso inaugural, análogo al solemne acto que iba á verificarse, y que la inmensa concurrencia de espectadores aglomerada en el salon favoreció galantemente con sus aplausos.

Acto seguido y segun estaba dispuesto, el que suscribe dió cuenta de las producciones recibidas, lo que tuvo lugar en esta forma:

Señores:—dijo—han llegado á poder de esta

Junta Directiva 6 odas á los adelantos del siglo actual, cuyos lemas son los siguientes:

De la 1.^a *Nada hay estático en el Universo.*

De la 2.^a *¡Paso! ¿Quién á impedírmelo se atreve?*

«Yo soy la luz que todo fecundiza,

«Yo soy la luz del siglo XIX.»

De la 3.^a «Y dijo Dios: Sea la luz; y fué la luz.»

De la 4.^a «Labor omnia vincit improbus.»

De la 5.^a «¿Cómo la lira mía

«¿Sabrá cantarte dignamente?»

(NICASIO GALLEGO.)

De la 6.^a «El mundo marcha.»

Los romances recibidos, dedicados á la conquista de Málaga, son siete y llevan por lemas:

El 1.^o *Cristiano y español con fe y sin miedo
canto mi religion mi patria canto.*

(ZORRILLA.)

El 2.^o «Es Málaga la morisca

«Blanca perla de las aguas,

«Orgullo de la corona

«Del Rey moro de Granada »

El 3.^o «(1487.)»

El 4.^o «Muy bella del Agareno

«pero mucho mas cristiana!»

El 5.^o «Estaba escrito.»

El 6.^o «Por amor al arte.»

El 7.^o «No quiero mas laurel ni mas hazaña

«que una sonrisa de mi dulce España.»

Las sátiras recibidas son tres y llevan los siguientes títulos y lemas:

La 1.^a «EL CAN-CAN.»

*«De Francia vino, se posó en la corte,
«y á la verdad no fué bien recibido,
«aunque trajera en regla el pasaporte »*

La 2.^a EL BECERRO DE ORO.»

*«Aurea nunc vere sunt secula; plurimus auro
«Venit honos; auro conciliatur amor.»*

«(PROPERT. LIB. III.)»

La 3.^a *«El sin honra y pudor finge decoro,
El ladrón con las cruces se engalana
Y solo tiene religion el moro.*

Terminada esta esposicion, el Sr. Presidente del Jurado, con la venia de la Sra. Presidenta, pronunció un sucinto pero conceptuoso discurso, haciendo en breves palabras la historia de los Juegos florales en general y deteniéndose sobre los ya verificados en Málaga. Interrumpido algunas veces por inequívocas muestras de aprobacion, terminó animando á los no agraciados para que entrasen nuevamente en futuras lizas literarias, donde casi siempre *la corona del martirio precede á la de la gloria.*

Acto seguido el Sr. D. Francisco Guillen Robles, secretario del Jurado calificador, despues de algunas elocuentes palabras, pronunciadas por via de preliminares, leyó el dictámen emitido por el dicho Jurado sobre las producciones presentadas al concurso y manifestó con dolor que, debido sin duda á la brevedad del tiempo concedido para escribirlas y al tener que juzgarlas por su mérito

absoluto y no relativo, se veía obligado según su conciencia, guiada tal vez por una escesiva severidad, á no conceder ningún primer premio.

De las odas presentadas, una mereció el accesit (*eglantina de plata*,) y era la que llevaba por lema los dos versos de Nicasio Gallego:

*¿Cómo la lira mía
sabrá cantarte dignamente?*

Otra una mencion honorífica y era la distinguida con el lema:

«Nada hay estático en el universo.»

Entre los romances, el que llevaba por epígrafe

*«No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña
que á una sonrisa de mi dulce España,»*

fué juzgado digno del accesit (*caléndula de plata*) y de menciones honoríficas los dos cuyos lemas eran:

*«Cristiano y español con fé y sin miedo
«canto mi religion, mi pátria canto.»*

—
*«Muy bella del agareno
«pero mucho mas cristiana.»*

—
Terminada la lectura del dictámen, que el señor secretario del Jurado vistió elegantemente con un bello traje de flores poéticas, y cuya manera de esponer arrancó nutridos aplausos, se procedió á abrir los pliegos que contenían las firmas de los poetas agraciados.

Abierto el primero por la Sra. Presidenta, resultó ser autor de la oda favorecida con accesit el

distinguido poeta malagueño Sr. D. José Jimenez Plaza, el cual, llamado por el Sr. D. Antonio Fernandez del Castillo y recibido en las gradas por los Sres. Presidentes de la Academia y del Jurado, dió lectura á la poesía premiada, obteniendo las mas inequívocas muestras de aprobacion.

Abierto el segundo, apareció como autor del romance agraciado con la caléndula de plata el ilustrado Sr. D. Juan Tejon y Rodriguez, cuyas elegantes poesías, sobre todo en este género, son tan conocidas del público. Llamado por tres veces al autor y no hallándose presente, se leyeron algunos trozos del mencionado romance por el Sr. D. Juan José de Salas, trozos que la concurrencia acogió con mucho gusto, si bien no pudo por ellos juzgar del mérito de la obra.

Dicho en alta voz si los señores agraciados con menciones honoríficas querian ó no que sus nombres fuesen publicados, el Sr. D. Fernando Ugarte Barrientos pidió que se abriese bajo su responsabilidad el pliego cuyo lema era:

Cristiano y español, etc.

y realizado su deseo resultó ser autora de este romance la inspirada señorita D.^a Josefa Ugarte-Barrientos, la cual, accediendo á las instancias de la Junta Directiva de la Academia y del Jurado, leyó algunos lindísimos trozos de su bella produccion.

No presentándose ninguno que pidiera la apertura de los otros dos pliegos, acordó la Junta publicar el acta de este certámen, adicionada con los

discursos pronunciados ó leídos y las producciones premiadas, así como con las merecedoras de menciones honoríficas, cuyos autores se dieran á conocer dentro del plazo que se les concedería al efecto.

A las diez y media de la noche se levantó la sesión, ocupando la tribuna las Sras. y Srtas. de Arssu, Avila, Cappa, Cruz-Ulloa, Heredia, Lopez Barzo, Loubere, Orueta, Postigo, Pries, Ramos, Rodriguez, Scholtz, Steuer y Utrera y varios inteligentes aficionados de la Sección de Música de este Liceo y de la *Sociedad filarmónica* de esta capital, quienes se habian prestado amablemente á coadyuvar á la solemnidad de los *Juegos florales*, interpretando, como lo hicieron entre nutridísimos aplausos, una *Oda-cantata*, titulada *La Poesía*, que habian escrito espresamente con este fin el inspirado poeta Sr. Jimenez y el inteligente maestro Sr. Cappa, ya mencionados antes con el merecido encomio.

Todo lo que, como secretario, certifico.

JOSÉ C. BRUNA.

V. B.

El Presidente,

ANTONIO F. DEL CASTILLO.

DISCURSO

**leído por el Sr. D. Antonio Fernandez del Castillo,
presidente de la Academia.**

SEÑORES:

No hace muchos dias que, en este mismo recinto, un orador ilustre evocaba ante nuestros ojos con su elocuente palabra las tremendas escenas de aquel periodo de la historia del mundo, muy anterior al principio de la historia del hombre y aún al de toda vida orgánica, en que, á través de millares de años de febril actividad, de agitacion frenética, de un continuo é inmenso cataclismo, vino condensándose por grados y solidificándose al fin la superficie de nuestro planeta; en que llegó al cabo á transformarse en globo terráqueo aquel globo de encendidos vapores, que habia sido lanzado en el espacio por la voz del Altísimo en los albores del primer dia de la creacion.

¡Cómo olvidar aquellas descripciones pavorosas! Agitábanse las hirvientes ondas de la materia cósmica en incesante oleage, turbadas y removidas hasta las profundidades de su hondo centro. La débil corteza terrestre, recién endurecida, estremecíase

tambien sin cesar, presa de terribles convulsiones: ora desgarrándose y abriendo insondables abismos, ora hinchándose hasta formar gigantescas montañas, que poco más tarde habian de desaparecer, tragadas por el océano de fuego que bajo sus cimientos rugia. Los mares, convertidos en una oscura nube de flotantes vapores, rodeaban la redondez de la tierra, y á intervalos, enfriados por un momento, se precipitaban sobre ella con ímpetu asolador; pero á su contacto ardiente volvian á evaporarse y á quedar suspendidos en el espacio, hasta que, condensados otra vez, otra vez se desprendian y un nuevo diluvio inundaba la conturbada esfera. Huracanes como jamás el hombre ha conocido y tempestades como la mente humana apenas puede concebir, se sucedian sin interrupcion y ensordecian con su fragoroso estruendo aquellas densas tinieblas —negra envoltura del orbe—que aún el primer rayo de sol no habia logrado penetrar, que nunca habian sido turbadas sino por la siniestra luz de los relámpagos. Una lucha á muerte parecia, en fin, haberse trabado entre todos los gérmenes de la vida, y aquella enorme conflagracion más bien simulaba el desquiciamiento de un mundo decrepito, próximo á aniquilarse, que el trabajo de elaboracion de un nuevo mundo.

Pues algo semejante, algo como el eco y el reflejo de aquel periodo caótico, fueron en el orden humano aquellos otros tiempos, no menos turbulentos y tenebrosos, que llamamos Edad media. Tambien

entonces ley universal parecia ser la lucha y podia creerse que se acercaba una suprema catástrofe: que iba á llenarse la última página de la historia de la humanidad. Tambien entonces la tierra era agitada por grandes estremecimientos y se veia asolada por borrascas furiosas; solo que el oleage de aquellos mares alborotados que invadian y trastornaban su faz, era un oleage de hombres; y lo que el huracan arrebatava en sus vertiginosos torbellinos, eran leyes y costumbres, pueblos y razas; y lo que se derrumbaba herido por el rayo, y lo que tragaba el insaciable abismo, eran tronos y altares, instituciones y creencias.

La inundacion y destruccion total del imperio de Occidente por las gentes del Norte llenan el sombrío crepúsculo de esa oscura y larga noche de la vida del linage humano. Aquellas tribus bárbaras que al emigrar del Asia hicieron su primera estacion á la parte allá del Vístula, permaneciendo durante muchos siglos escondidas entre las nieblas septentrionales, y que lentamente han venido descendiendo, como atraidas por un presentimiento misterioso de su terrible mision, hasta acampar sus avanzadas dentro de los mismos límites del dominio de los césares, son las que primero acuden á la voz de la Providencia y las destinadas á iniciar aquel gran movimiento. Visigodos, ostrogodos, germanos... suevos, alanos, vándalos... ávaros y scitas, hunos y hérulos, borgoñones y francos, anglios y sajones, se precipitan sucesivamente sobre la aterrada Italia, y,

empujándose los unos á los otros como las ondas de una inagotable marea, se esparcen y estienden por todas las provincias del imperio, hasta cubrir su vastísima estension y llenarla de sangre y de ruinas.—Roma, la ciudad por escelencia, la metrópoli del mundo, cae humillada á las plantas del visigodo Alarico; y poco más tarde, si la inspirada voz de un santo pontífice logra detener ante sus puertas al feroz Atila, no se libra de los ultrages del vándalo Genserico, ni de los del suevo Ricimero, viniendo al cabo el hérulo Odoacro á entronizarse en el profanado Capitolio. Y no mucho despues suceden á Odoacro en la dominacion de Italia los ostrogodos de Teodorico el Grande y los lombardos, gépidos y búlgaros del cruel Alboino; y en nuestra España imperan los visigodos, despues de haber lanzado de sus asoladas tierras á suevos, vándalos y alanos; y los mismos visigodos comparten con los francos y borgoñones el señorío de las Galias; y el suelo de la gran Bretaña es disputado por anglios y sajones; y los vándalos afirman sus conquistas en las africanas costas; y á donde quiera, en fin, que habia alcanzado el poder latino, alcanza la invasion y con ella la devastacion y el estrago.

Los anales de esa larga y agitada época se cierran con otro gran desastre: con la caida del imperio de Oriente.—Desde los comienzos del siglo sétimo venia formándose la nube que habia de estallar sobre Constantinopla á mediados del décimo quinto, echando por tierra sus murallas y enterrando entre

sus escombros el último resto del poder bizantino. Aquellos pocos secuaces de Mahoma que apenas bastaron á proteger su fuga á Medina en los primeros dias de sus predicaciones, multiplicáronse bien pronto; de tan prodigiosa manera, que pocos años despues de la *hegira* toda la Arabia profesaba la nueva religion, y, guiadas sus fanáticas turbas por el verde estandarte del Profeta, invadian la Persia y la Siria, el Egipto y el Africa, el alta Asia y el Indostan; llegando su fuerza y su audacia hasta lograr penetrar en Europa y conquistar en breves dias la España entera, cuyo rescate habia de costar á la heróica constancia de nuestros mayores ocho siglos de titánica lucha.—No importa que ese maravilloso incremento del poder musulmico se detenga á veces, estrellándose su corriente impetuosa contra el valor de algunos caudillos cristianos: no por eso deja de avanzar siempre, con más ó menos lentitud, y paso á paso va envolviendo y estrechando las lindes del imperio griego, harto mermadas ya por otras invasiones coetáneas de slavos y de rusos, de búlgaros, servios y croatas. No importa que las mismas razas sectarias del Coran se hagan entre sí la guerra, llegando hasta desaparecer el gran imperio de los árabes, y repartiéndose sus dilatados dominios entre africanos y mamelucos, turcos y mongoles: estaba escrito que la corrompida Bizancio debia purgar su degradacion y sus crímenes bajo el pesado yugo de los musulmanes, y con asombro se vé cómo un pequeño

principado turco, bajo el mando de los descendientes de Othman, crece rápidamente y se extiende por la Nicomedia y la Tracia, por la Albania y las orillas del Danubio; y á sangre y fuego recorre la Tesalia y la Macedonia; y pone un ejército de trescientos mil hombres ante los muros de la ciudad de Constantino; y logra al cabo humillar ante sus plantas y profanar con su impuro abrazo la hermosura de la orgullosa reina del Bósforo.

Entre estos dos acontecimientos culminantes, entre estas dos grandes columnas miliarias del camino de la humanidad, que marcan el principio y el fin de la Edad Media, se precipitan y atropellan los sucesos; la delirante agitación de los pueblos y el flujo y reflujo de las razas continúan sin descanso y cruentas guerras, con su funesto cortejo de estragos y desastres, se suceden sin interrupción. Las irupciones bárbaras no cesan: primero los terribles normandos, (northmans, hombres del Norte) los madgyares húngaros y los varangianos rusos, más tarde los daneses de Canuto el grande, los búlgaros de Crumno y los tártaros de Gengiskhan, acuden desde sus lejanas tierras, sedientos de botín y de sangre, y sus devastadoras muchedumbres cubren sucesivamente las mejores comarcas del Asia y de la Europa.—«¡Dios lo quiere!»—grita Pedro el Hermitaño, y las cruzadas lanzan sobre Palestina un millón de combatientes, y luego otro y otro despues, y Europa entera—puede decirse—se desborda sobre el Asia en demanda del *gran sepulcro*

de Cristo, consiguiendo al fin rescatarlo y contener, aunque por breves años, todo el enorme ímpetu de la inundacion sarracena. Y como si las guerras estrangeras no fueran ya bastante calamitosas, sañudas contiendas civiles desgarran el seno de las naciones, y aún las luchas religiosas, más crueles que ningunas, ensangrientan sus campos y sus ciudades. Y entretanto el feudalismo estiende por todas partes la anarquía, la servidumbre y la miseria, entronizando la fuerza bruta sobre la santidad del derecho. Y al mismo tiempo la rudeza y la ignorancia se enseñorean de todos los pueblos, y el egoismo y el vicio gangrenan el corazon de las sociedades... ¡No es extraño en verdad que al acercarse el siglo undécimo enmedio de tanta depravacion y tanta ruina, recordando una antigua tradicion milenaria, creyeran los cristianos que se acercaba el fin del mundo!

Sin embargo, así como de aquel negro caos de los primitivos tiempos geológicos surgió esta hermosa tierra llena de esplendores, con sus risueños valles y sus montañas magestuosas, con sus prados de esmeralda y sus mares de záfiro, vivificada por los ardientes rayos del sol y acariciada por los tibios rayos de la luna, maravilloso pedestal de la grandeza humana y primera grada del magnífico templo en que el Universo adora la Omnipotencia divina, así tambien del seno de aquel otro caos social y político de los tiempos medios, entre el ruido de aquellos grandes conflictos y trastornos y sobre

aquel confuso monton de cadáveres de hombres y de naciones, surgió el mundo moderno, inundado de la esplendente luz de la verdad y el bien. Desapareció la civilizacion antigua—es cierto—desapareció la civilizacion gentílica é idólatra; mas para nacer de sus cenizas la gran civilizacion cristiana. Arruinóse para siempre el Pantheon poblado de dioses; mas con sus piedras dispersas se construyó la Catedral, coronada por la Cruz, donde tiene su altar un solo Dios. Hundióse en el abismo de lo pasado el imperio de los césares; mas comenzó el reinado de los pueblos, despiertos del larguísimo letargo de su servidumbre por la santa voz de la libertad.

Hoy, señores, que vamos á celebrar una fiesta de la inteligencia, cuyo origen se remonta á los últimos dias de aquella era de renovaciones y cuya institucion fué como uno de los primeros destellos de la luminosa aurora que anunciaba el advenimiento de la Edad moderna, no puedo evitar que acuda á mi memoria el recuerdo de las tinieblas que á esta precedieron; del mismo modo que el fatigado navegante al divisar el faro cuya luz cariñosa le indica la cercanía del puerto á que se dirige, recuerda involuntariamente, y en ello se complace, los anchos mares que ha tenido que atravesar y los rudos temporales que ha tenido que vencer.

Así fué, en efecto, la institucion de esta clase de certámenes; que tuvieron sin duda precedentes en Grecia y Roma, pero que no nacieron con el



carácter especialísimo que los distingue hasta fines del siglo doce ó principios del trece, debiendo buscarse su cuna en aquellos célebres *parlamentos*, *príncipes*, *córtes ó tribunales de amor*, donde *minnesingers* y *trovadores* sometían sus poéticos litigios al arbitrio de las damas que mayor nombre gozaban por su hermosura y sus talentos. Como tampoco tomaron el nombre ni tuvieron la índole de *juegos florales* hasta el primer tercio del siglo catorce, cuando siete caballeros trovadores fundaron en Tolosa una modesta sociedad literaria, que llamaron *Academia de la gaya ciencia*, convocando á todos los poetas del Languedoc para que allí leyeran sus poesías, y ofreciendo como galardón al autor de la más notable una *violeta de oro fino*; premio que los magistrados municipales de aquella ciudad siguieron costeando anualmente, y al que poco después la famosa Clemencia Isaura añadió un *pensamiento de plata* y una *eglantina de oro*.

Seguramente la poesía no habia muerto al morir la sociedad antigua entre las convulsiones de la Edad Media: la poesía es inmortal, como el sublime destello de la inteligencia divina á que debe el ser; pero habia caído en un profundo letargo, y mucho tiempo estuvo sin dar señales de vida, elaborándose en el silencio la radical transformación á que estaba llamada.—Ni podia ser de otro modo. La poesía es el espejo de las sociedades en que vive; es como uno de esos tranquilos lagos, que parecen tendidos por la próspera mano del Hacedor para reflejar en

su tersa superficie, embellecidos con nuevos colores, los paisages de sus orillas y el cielo que los cubre. Cuando el sol brilla sin nubes que lo empañen, se vé en sus aguas un risueño cuadro, todo alegría y esplendor; cuando ruge la tormenta y se nubla el cielo, sus aguas tambien se nublan y con oscuras tintas retratan el duelo de la naturaleza; mas cuando las tinieblas se espesan y llega á hacerse completa la oscuridad, huye con el último rayo de luz la transparencia de sus aguas, que permanecen negras y mudas, hasta que la primera caricia del alba las colora y vivifica. Mientras se estaba derrumbando el mundo antiguo y las naciones eran un desordenado é informe hacinamiento de ruinas, cubiertas con el fúnebre crespon de aquella densa noche de la historia, preciso era que se mantuviera la poesía silenciosa é inerte, falta de su más esencial elemento. Nô existiendo una sociedad definida, era imposible que hubiera una poesía original, peculiar de la época, oyéndose solo, de vez en cuando, algun débil y alterado eco de aquella que, en dias de más calma, habia cantado las grandezas y las miserias de la civilizacion espi-rante. Solo cuando comenzaron á diseñarse las formas y contornos de la sociedad naciente, renació la poesía, fecundada por las nuevas ideas y apoyada en los nuevos elementos que se abrian paso. *La poesía* no habia muerto, no; pero habia muerto en cambio, y para siempre, *una poesía*: la antigua, la clásica, la pagana, la de Homero y Píndaro, la

de Horacio y Virgilio; y brotaban por todas partes los gérmes de otra: de la moderna, de la romántica, de la cristiana; de la que andando los tiempos habia de inmortalizar los nombres de Milton y Tasso, de Corneille y Calderon; de aquella que habia de parecerse á su predecesora—y perdóneseme lo vulgar del símil—como la voladora mariposa de alas de oro á la rastrera larva, forma primera de su afortunada metamórfosis. Y sólo entonces, cuando, como uno de aquellos nuevos elementos, tomó la muger en la vida social el alto puesto á que la habia elevado el cristianismo; cuando, purificado el amor, se convirtió en un culto, que compartia con el culto de Dios el corazon del hombre regenerado; sólo entonces, en aquella época devota y á la par caballeresca y galante, pudo concebirse y realizarse esa delicada union, esa armonía feliz de la belleza de la muger y la belleza de las flores con la belleza de la poesía, que dá á los *juergos florales* el carácter peculiar de que antes hablaba, estimándose como el galardón más apropiado y de más valer para un poeta una sencilla flor de los campos, enaltecida al pasar por las manos de una dama discreta y hermosa.

Felicitémonos, señores, de que sea dado al Liceo de Málaga continuar las nobles tradiciones de aquellos magnates y reyes que fomentaron en otros tiempos esta especie de certámenes y, á la vez, el lustre literario de su patria, ganando para sí aún más honra que la que daban á las letras con su

proteccion; y vengan en buen hora á recibir de la hermosura el tributo debido á su inspiracion y sus vigiliass los herederos de aquellos gloriosos vencedores de los antiguos *juegos florales*, de aquellos ilustres padres de la poesia moderna, cuyos nombres han llegado hasta nosotros en alas de la fama: los sucesores de aquel insigne valenciano Ausias March, que mereció ser llamado *el lemosin Petrarca*; de aquel esclarecido catalan Mosen Borrell, que tan alta puso la española bandera en el *parlamento de amor* de las damas de Romoni; de aquel Ofterding y aquel Chaucer, orgullo de la Alemania y la Inglaterra y admiracion de su siglo; de aquel Alain Chartier, predilecto hijo de la Francia. cuya boca, «*de donde habian salido tantas palabras de oro*,» segun la pintoresca frase de un contemporáneo, premió la heredera del trono, la hermosa Margarita de Escocia, con un beso de sus lábios de coral.

HE DICHO.

DISCURSO

**pronunciado por el Sr. D. José Piñon y Silva,
presidente del Jurado Calificador.**

SEÑORES:

Cuando entre el oleage de los acontecimientos de hoy, cuando en medio del periodo de profunda elaboracion social que atravesamos, se nos presenta el bellissimo cuadro de esta fiesta literaria, parece que vivimos en regiones mas tranquilas, parece que se columbran nuevos y dilatados horizontes, alumbrados por los resplandores de la esperanza.

¿Qué significa esta solemnidad literaria? Abrid las páginas de la historia, de ese gran libro que tantas y tan grandes enseñanzas atesora, y hallareis que los pueblos mas civilizados, fueron tambien los que mas aficion mostraron por estas tranquilas luchas. La risueña Grecia, ese pais, que, segun la feliz expresion de un poeta, ni en la desgracia, ni aun en la muerte pudo hallar la tristeza; que nos ha legado la Iliada, el primer poema del mundo, el génio de Homero, el primer cantor de las edades, y

las brillantes narraciones de aquel Herodoto que supo adular la gloria ateniense, elevando hasta la epopeya la historia y aun las fábulas de la Grecia, este pueblo fué sin duda el que dió á las musas mas rendido culto. Su génio creó los Ateneos, la Ecsedra y los Liceos; abrió un teatro llamado el Odeum, donde la votacion pública concedía ó negaba la entrada á los poetas que aspiraban á este honor, y estableció los célebres juegos Olímpicos, Némicos ó Istímicos, en los cuales se empeñaban combates literarios, y se premiaba brillantemente á los vencedores.

El pueblo romano, mas ganoso de poder que de adelantos literarios, cuidábase sobre todo de coronar el Capitolio con los despojos del mundo; y, sin embargo, nos dejó su Eneida, como los griegos su Iliada, nos legó á Virgilio, como los griegos á Homero; y cuando sus armas victoriosas cautivaron la ciudad de Minerva, el gigante, adormecido en los brazos de su bella esclava, concluyó por imitarla en sus costumbres literarias. Así respetó el célebre Museo de Atenas, y aun fundó otro en Alejandría, bajo los auspicios del emperador Claudio. Celebró tambien juegos florales, que eran en su origen pasatiempos inocentes en honor de la esposa de Céphiro, y que una cortesana hizo degenerar en escandalosa licencia, hasta que Roma, cansada yá de tanta disolucion, apartó con horror su vista de las desenfrenadas Saturnales.

Viniendo á nuestra pátria y á edades menos

remotas, no hallamos en la civilizacion goda recuerdos de estos certámenes. Faltaron allí trovadores laureados por hermosas damas. De una belleza, sí, nos habla la historia de este pueblo; pero belleza fatal, que despertó la liviandad de un rey y originó el deshonor de una dama, para hundir la nacionalidad española en las corrientes del Guadalete; para levantar la media luna sobre la cruz; para que la mezquita, con sus columnas gallardas y esbeltas como las palmeras del desierto, se elevara sobre las ruinas del severo templo cristiano; para que la blanca toca de la vírgen castellana quedase manchada detrás de las espesas celosias del haren; para que el guerrero español y su luciente armadura cayeran bajo los golpes del alfange de Damasco.

La civilizacion árabe, llena de vida, abrió las célebres academias literarias de Toledo, Granada y Córdoba, donde, no la belleza, sino la autoridad pública premiaba, en brillantes fiestas, la inspiracion del génio.

Desarrollóse en Europa la caballería. Ella convirtió á los sanguinarios guerreros de las selvas en bravos campeones del honor y del amor, y con ella brotó otro delicado sentimiento, el de la galantería mas esquisita. Las damas, jueces y deidades á la vez, decidieron entonces, entre otras contiendas, las querellas de amor: testigo el primer Parlamento de este nombre, que nació en Aix, y que rivalizó con la Côte amorosa de Aviñon, para concluir en

1668 con la sociedad llamada Príncipe de amor.

Los juegos florales nacieron en Tolosa, ciudad de la vecina Francia, que cuenta entre sus glorias esta Academia de cinco siglos. Fundáronla en 1323 siete caballeros, que convocaron á los trovadores para el día primero de Mayo del año siguiente, ofreciendo por premio una violeta de oro. Así nació este poético pensamiento, que mas tarde habian de adoptar los pueblos de uno y otro hemisferio. Quizás las costumbres románticas de la época pusieron el nombre de una dama, Clemencia Isaura, al frente de la institucion que, en el año de 1694, fué sancionada por el gobierno francés.

A más de las célebres Academias de Toledo, Córdoba y Granada, nuestra pátria recuerda con noble orgullo el Parlamento de amor establecido en Barcelona, donde se cultivaba esmeradamente *la ciencia gayá*, y del cual salieron trovadores en el año de 1353, para adquirir el célebre *código de amor*, tan venerado en la Córte de Aviñon.

D. Juan I importó á España los juegos florales de Tolosa, en la segunda mitad de la centuria décima cuarta; pero las revueltas de entonces hicieron desaparecer la Academia, hasta que la dieron nueva vida los esfuerzos del célebre Marqués de Villena, tan conocido en la historia como en la literatura: llamóla *gaya ciencia* ó *arte de trovar*. D. Juan II, el rey poeta, se rodeó de trovadores; y ganoso siempre de dispensarles mercedes, abrió el Consistorio en su propio palacio. Los Reyes Católicos, ocupados

en dar feliz cima á la reconquista, no imitaron á su antecesor, y los juegos florales volvieron á desaparecer de España.

Ved ahí, Señores, por qué el siglo décimo sétimo no ha dejado recuerdos de estos certámenes. Él, que fué en política un verdadero siglo de hierro, es, sin embargo de todo, el siglo de oro de nuestra literatura. ¡Yo saludo, pues, con entusiasmo á ese siglo gigante, á esa generacion de sábios y poetas, á esos sublimes génios que aun se destacan silenciosamente en la noche del pasado, como sombras de atlética grandeza que tocando en la tierra, van á perderse en las altas regiones del Cielo! ¡Lope de Vega, Ercilla, Herrera, Fray Luis de Leon, Sta. Teresa, *Cervantes*, por fin! ¡Nombres ilustres que las generaciones han legado á las generaciones, que los siglos han legado á los siglos; nombres que alumbráis la historia pátria, como el sol ilumina al Universo, ni mármoles ni bronces necesita vuestro recuerdo imperecedero: mientras aliente un corazon español, ese corazon será vuestro templo, sus suspiros serán vuestro recuerdo, sus latidos los cantos de vuestra gloria!

Hay que venir á la centuria décima sétima para anudar la corona poética, que, atravesando las procelosas soledades del mar, llegó hasta las apartadas regiones del Nuevo Mundo, y allí, como en Europa, encendió la llama del génio y orló las sienes del poeta.

Málaga no contaba en su historia esta brillante

página, hasta que la Academia Dramático-Literaria abrió el primer certámen en Febrero de 1851. Ofreció por asunto una poesía *A los cinco sentidos*, y el poeta justamente laureado fué el Sr. D. Eduardo Andeiro, nuestro amigo. En Diciembre del mismo año, celebró la Academia otro concurso, yá con bases mas ámplias. Cuatro fueron los temas: *A la conquista de Málaga: A una flor marchita: Juicio imparcial de Felipe II*, y *Biografía de don Rafael Mitjana Doblas*. El segundo y el tercero dieron otros tantos premios al Sr. D. Manuel Perez Duran, vecino de Madrid, y á un abogado de esta ciudad. La biografía del malogrado Mitjana y la conquista de Málaga, aunque objeto de varias composiciones, no alcanzaron igual éxito.

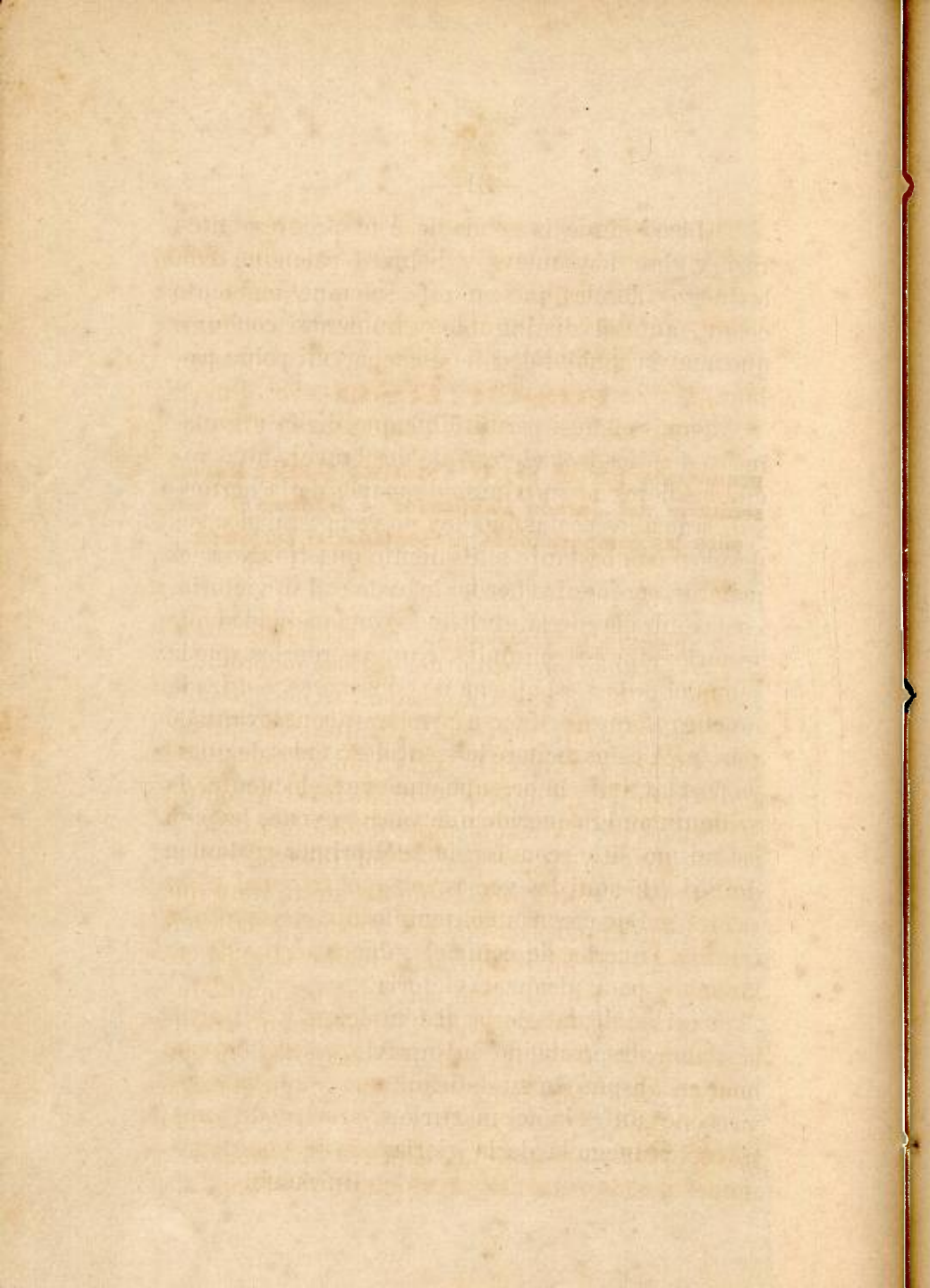
A la Academia Dramático-Literaria, que tan brillantemente inauguró en nuestro suelo estas provechosas luchas, sucedió, tras breve desmayo, la sociedad actual; y el Liceo, continuándolas, celebró en 1861 otro certámen, cuyos temas fueron: *Un canto épico á la batalla de Pavía: Una oda á los mártires de Siria: Exámen razonado de las principales bellezas de La Jerusalem libertada; y Causas de la decadencia del teatro español*. Los Sres. D. Angel Lazo de la Vega y D. Nilo M.^a Fabra, residentes en la Côte, fueron laureados por sus bellisimos cantos sobre el primer asunto; y por sus escelentes trabajos sobre el segundo y tercero, nuestros amigos los Sres. D. José M.^a Jimenez y D. Joaquin Bugella Cestino.

El Liceo sigue la senda de este progreso literario, y abre hoy nuevo y honroso palenque con los Juegos florales que en este solemne momento celebra, ante el distinguido y numeroso concurso que tiene la amabilidad de escuchar mi pobre palabra.

Ahora, Señores, permitidme que dirija algunas frases, no á los trovadores que en breve van á recibir las flores de su triunfo de manos de la hermosura, sino á los poetas que hoy no ven premiados sus desvelos, con bastante sentimiento nuestro. No á los primeros, porque al vencedor le basta con su victoria, con las miradas de la multitud, con la felicidad que le sonríe; sí á los segundos, para recordarles que la senda del saber está llena de sinsabores y erizada de peligros que es fuerza arrostrar con levantado espíritu. A estos recitaré los sentidos versos de nuestro poeta Campoamor, que una voz elocuente, la voz de un amigo querido que ya no existe, leyó en este mismo sitio, con ocasion del primer certámen de 1851. Hé aquí los versos:

Dos coronas contemplo
que ha de ceñir el sábio
para alcanzar victoria,
si de la gloria al templo,
despreciando su agravio,
aspira en su delirio;
antes la del martirio,
luego la de la gloria.

HE DICHO.



DISCURSO

**pronunciado por el Sr. D. Francisco Guillen Robles,
secretario del Jurado Calificador, é informe de este
sobre las composiciones presentadas al certámen.**

SEÑORAS Y SEÑORES:

Costumbre ha sido generalmente seguida y desde hace largo tiempo adoptada en todos los Juegos florales, que la persona que ocupa el cargo de Secretario en el Jurado calificador presente ante la opinion pública un informe escrito, en el que se espresen los motivos que tuvo aquel tribunal y las razones en que se fundó para ceñir el laurel del triunfo á las composiciones que creyó dignas de ser laureadas.

Si esta costumbre no me obligara á dirigiros la palabra, yo hubiera declinado gustosísimo este honor en alguno de mis compañeros del Jurado, cuya reconocida elocuencia hubiera arrebatado vuestros espíritus y me hubiera libertado de una carga, siempre pesada para mis juveniles esfuerzos.

Al escribir este informe presentía, Señores, que habia de leerse delante de una numerosa y escogida concurrencia y me sentia anticipadamente impresionado por esa magestad que se desprende siempre de las grandes agrupaciones humanas; presumia que habia de leerse despues de haberse dejado oir elegantísimos conceptos de los labios de nuestros dignos presidentes, y abrumaba mi inteligencia la certidumbre de que entre las elocuentes frases que aquí se habian de pronunciar y las poesías que despues habian de oirse, este informe os habia de parecer árido, seco, como el pedazo de desierto que separa dos encantados oasis.

Y hay mas, Señores: si me imponia esa magestad que se desprende siempre de las grandes agrupaciones humanas, me imponia muchísimo más otra magestad más alta, más elevada, más imponente, que tenia la seguridad de encontrar en este recinto; una magestad contra la cual nada podrán las revoluciones humanas; ante la que se inclina gustoso el mas austero, el mas rígido tribuno; de la que ninguno se avergüenza de ser esclavo; de la que todos hemos sido, somos y seremos cortesanos; que tiene levantado un trono imperecedero en el corazon del hombre, porque esa magestad, esa soberanía, esa realeza eterna, es la de la gracia, la de la virtud y la de la belleza, representada por la muger.

La muger, Señores, ha nacido para el amor, para la ternura, para la poesía, para representar en

la tierra la celeste flor de lo ideal; su espíritu, que posee el bienhadado don de conocer y comprender lo bello, posee tambien ese misterioso instinto del artista, ese *quid divinum* del genio que distingue las mas delicadas gradaciones de valor en las obras de arte, la línea imperceptible que separa á lo sublime de lo que no lo es: por esto hallareis siempre una muger inspirando á los grandes artistas, á los grandes pensadores, á los grandes poetas: por esto se encuentra á Beatrice dei Portinari iluminando como una aparicion de los cielos el sombrío espíritu del Dante, á Eleonora de Este escitando al Tasso á buscar el eterno renombre de la inmortalidad, á Fiammeta, inclinándose al oido del Boccaccio y dictándole sus mas amorosos versos, á la condesa de Gelves inflamando el corazon de nuestro gran lírico Herrera, á Vittoria Colonna dominando como un ideal en Miguel Angel, en aquel hombre que llevaba en su frente el resplandor de tantos ideales, y á Sofía Monnier dulcificando las tristes horas de la prision de Mirabeau, de aquel gigante de la palabra que hizo de su génio un ariete contra todos los abusos, contra todas las tiranías, y cuyos roncacos acentos levantan aún tempestades en nuestros horizontes politicos.

Yo tenia la seguridad de que representantes de este sexo, artista por escelencia, de que dignísimos representantes de esa soberanía de la gracia, de la virtud y de la belleza de que antes os hablaba, habian de honrar con su presencia este recinto, y

me sentia incapaz de satisfacer su delicado sentimiento artístico con mis conceptos y con mis palabras; pero apesar de todo esto, apesar de hallarme impresionado por tantas y tantas dificultades como se me ofrecian, abrigaba la esperanza de que habíais de escucharme con indulgente atencion, y esta indulgencia me inspiraba, como inspira á todo orador que se halla ante un auditorio amigo, en el cual entrevé una mirada afectuosa que le anima, un signo de aprobacion que le conforta, una actitud inquieta que espolea su espíritu cuando decae; esperaba contemplaros escuchando mi palabra en el silencio del recogimiento, y entonces me parecia que mis frases corrian fluidas y suaves y que mi entendimiento desplegaba sus alas en más dilatados horizontes.

Inspirado, pues, por la benevolencia que presentía habíais de emplear conmigo, he escrito este informe, y por lo tanto, si en él he conseguido triunfar de las dificultades que se me ofrecian, podeis reclamar para vosotros ese triunfo, porque os pertenece de derecho propio, porque es vuestro, enteramente vuestro.

A despecho de las preocupaciones humanas, á despecho de los ódios y enemistades de raza á raza y de nacion á nacion, el hombre ha sentido siempre la necesidad de relacionarse con el hombre y el

sentimiento de la fraternidad humana los ha reunido en las fiestas religiosas de la guerrera Ninive y de la opulenta Babilonia, en los juegos olímpicos de Grecia, en los torneos, en las fêrias y en los jubileos romanos de la Edad Media, y los reúne en nuestras modernas exposiciones, donde se dan cita la industria, las artes, el comercio, la agricultura y las ciencias.

En el armonioso concierto de estas hijas de la civilización, la poesía ha tenido y tiene siempre una principalísima parte: y no puede menos de suceder así, porque la poesía no es mas que la espresion sensible de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello, la espresion sensible del ideal, del ideal que es tan necesario á la vida del alma, como la circulacion de la sangre á la existencia del cuerpo humano: la poesía señala la huella del paso de Dios entre los misterios de la vida, como la fosfórica estela del mar el paso de la nave entre las sombras de la noche; ella ha seguido siempre á la humanidad, revelándola las fuerzas del espíritu del hombre; ella sigue al ser humano, desde que tiñe su frente la rosada aurora de la infancia, hasta que afea sus mejillas la amarillenta palidéz de la muerte.

¿Quién de vosotros no ha sentido la poesía que existe en un paisaje salvaje y agreste, en una plácida y serena noche de primavera, en una puesta de sol en estas hermosas playas andaluzas? ¿A cuál de vosotros no habrá conmovido la poesía que se

desprende de una accion noble y generosa, de un arranque de abnegacion y de entusiasmo? ¿Quién de vosotros no se habrá sentido poeta ante un hermoso cuadro, ante una bella estatua, al escuchar las melodías de los grandes compositores, cuyas notas arrancan el espíritu á las miserias de la práctica, para elevarle á las etéreas regiones celestes?

La poesía, Señores, tiene el derecho de formar á la cabeza de las demás artes, porque ella no es más que el arte por excelencia, en el que se reasumen en una unidad superior los procedimientos en aquellas empleados. Tiene el arquitecto necesidad de hacer uso de la simetría, de la disposicion de las partes, á fin de que juntas se resuelvan en un todo completamente armónico: en la obra del poeta debe existir esa simetría y esa armonía de la arquitectura; una tragedia de Corneille, un drama de Calderon, constituyen un edificio tan armónico en su conjunto como el palacio convento del Escorial ó como la catedral de Colonia. Bajo el cincel del escultor se anima el mármol y parece palpar el granito en la estatua: bajo la palabra del poeta surgen estatuas vivientes; bella es la Niobe de Cánova, impregnada de tristísima melancolía, pero más bella es Margarita, la amada de Fausto, la imperecedera creacion de Goethe. El músico hace uso de la armonía; el poeta tambien: si se escucha una melodía de Haydn y despues se oye la lectura de la Oda á la noche serena de Fr. Luis de Leon,

no se sabe á cuál dar la preferencia. El pintor tiene ricos colores en su paleta; el poeta tiene en su imaginacion una paleta riquísima, cargada de brillantísimos colores, con los cuales pinta é inspira el amor, el odio, la ira, los celos, las grandes pasiones, los grandes sentimientos, y dibuja cuadros que toman ante la imaginacion una forma tan real como los cuadros de los grandes maestros: todos hemos admirado la verdad, la tersura, la transparencia de las aguas en un cuadro que se halla en este recinto: leed, Señores, un idilio de Teocrito y, como en ese cuadro de Ocon, vereis aparecer ante vuestra vista las azuladas ondas del Mediterráneo, reflejando los rayos del sol, como un inmenso diamante de innumerables facetas.

La Academia científico-literaria del Liceo, deseosa de proporcionar á la poesia los medios de intervenir en las fiestas que se están celebrando, ha convocado á los poetas á una pacífica liza, y teniendo en cuenta el carácter de nuestra época, las condiciones de tiempo y las tradiciones de la historia literaria española, ha señalado tres temas para optar á diferentes premios: una *oda* á los adelantos del siglo, una *sátira* y un *romance* referente á la conquista de Málaga.

La Academia, al señalar una oda como campo donde mostraran los poetas la bizzarria de su ingenio, ha sido fiel á las grandes tradiciones de la literatura pátria: la poesia lirica, que exige una imaginacion tan fogosa y rica como nuestra rica

y fogosa imaginacion meridional, la poesía lírica, que vive solo en las regiones del entusiasmo, la poesía lírica constituye el fondo de la literatura y del arte español: líricos son muchas veces nuestros poetas épicos, lírico es nuestro Roman-cero, líricos fueron nuestros dramáticos, y aun hubo lirismo en nuestros escritores de teología mística y en nuestros pintores del Renacimiento: ¿qué es una Virgen de Murillo más que una oda, en la que con unas cuantas pinceladas se expresa el dulce arrobamiento de la Virgen Madre, conducida á las etéreas regiones para ocupar en ellas un trono iluminado por los resplandores de una eterna gloria? Contemplad uno de esos austeros y sombríos monges de Zurbarán, en cuya frente está impreso el sello de una gran desventura; arrancadle con la imaginacion al lienzo, dadle voz y movimiento y las primeras palabras que saldrán de aquellos labios serán las primeras estrofas de una oda, impregnadas de un dolor profundo y de una tristeza infinita.

Por esta propension de nuestros poetas á lo lírico, nuestra poesía lírica constituirá siempre un verdadero modelo, la brillante série de nuestros escritores líricos nos llenará de orgullo, y nos envidiarán siempre los estrangeros esa dinastía de poetas, que cuenta en su número á Fr. Luis de Leon, cuya uncion mística supera á la uncion cristiana de Klopstok; á Boscan, cuya ternura semeja un eco de los tiernos acentos de Petrarca; á Garcilaso que parece haber recogido en su alma como en un

vaso precioso los perfumes de la naturaleza, para derramarlos en sus dulces y melancólicos versos; á Herrera, sobre cuya imaginacion pasó el soplo de fuego que encendió la inspiracion profética de Isaías; á Rioja, cuya poesía hace el efecto de una brisa de primavera, murmurando tristemente entre los escombros de unas antiguas ruinas; y á Quintana, que se cierne como el águila caudal en las mas elevadas regiones, dejando agitarse bajo sus plantas todas las miserias y todas las desventuras humanas.

De las seis odas sometidas á la consideracion del Jurado, ninguna, segun el parecer de este, reúne las condiciones exigidas para merecer el primer premio. La que lleva por lema los dos versos de Nicasio Gallego:

¿Cómo la lira mia
Sabrá cantarte dignamente?

ha sido laureada con el accesit, por la belleza de sus metáforas, por la verdad de sus onomatopeyas, por la melodía de sus versos y por la elegancia de la mayor parte de sus conceptos.

El Jurado, al observar la inspiracion de que se halla impregnada esta composicion, la juzga escrita por un buen poeta digno de renombre, si es que ya no goza de él; sin duda la premura del tiempo con que se han celebrado estos juegos le habrán impedido desplegar todo el valor de su fantasía y producir una obra más acabada y perfecta.

La oda que lleva por lema «*Nada hay estático en el universo,*» cree el Jurado que merece una mencion honorifica: escrita en octavas reales, las primeras prometian una composicion digna de nuestros grandes escritores clásicos; pero desgraciadamente la elevacion de sus conceptos decae en las octavas siguientes.

Si era imprescindible que, al tratarse de Juegos florales en nuestro pais, se señalara como uno de los temas una poesía lírica, mucho más imprescindible era el señalamiento de un romance.

El romance, Señores, es una planta nativa, originaria, indígena de las comarcas españolas; hermana gemela de nuestra sonora lengua, primogénita de las demás formas de poesías hispanas, ha constituido el material de nuestras primeras crónicas y ora celebre el heroismo de los guerreros de la Cruz, ya pinte las hermosuras de nuestra espléndida naturaleza, ora glorifique tipos llenos de grandeza y abnegacion, ya encierre un himno de amor ó las celosas quejas de corazones enamorados, ha producido un conjunto de composiciones que hacen de nuestro Romancero un tesoro de riquísimas joyas, que con razon nos envidian y envidiarán todas las literaturas del mundo

Compuestos los romances durante las edades épicas de la reconquista cristiana por las clases populares en las comarcas que riega el Ebro ó que el Duero baña, en las silvestres gargantas de Sierra Morena, en las ricas campiñas sevillanas, ó en la

estendida vega granadina, pasaron de generacion en generacion, como los cantos de los rapsodas griegos, como las poesías de los bardos germanos, conservados en la página viviente de la memoria popular: ellos fueron cantados por el mesnadero bajo la tienda del campamento ó entre las almenas del enriscado castillo, por el page en las antecámaras de las mansiones solariegas, por el pobre juglar ante la mesa de los festines, por el artesano en su taller y por los ancianos á su curiosa descendencia reunida al calor del hogar en la larga velada del invierno.

Mas si acertada estuvo la Academia al exigir de los poetas que desplegaran en un romance las galas de su imaginacion, mucho más acertada estuvo al determinar que la conquista de Málaga fuera el tema obligado de ese romance.

La conquista de Málaga tiene para nosotros un doble interés, un doble valor: como malagueños, la espugnacion de nuestra ciudad es el hecho capital, el más importante de la historia de este pais en el cual unos hemos nacido, otros han adquirido su fortuna y al que todos amamos, por tener en él nuestras simpatías, nuestras familias, nuestras amistades, nuestras esperanzas y nuestras afecciones queridas: como españoles la conquista de Málaga es para nosotros uno de los últimos grandes esfuerzos de la Reconquista española; el gloriosísimo hecho de armas que determinó la rendicion del último baluarte del poderío árabe en España, la rendicion de

la corte de los Nasaritas, soñada por tantas generaciones, la ocupacion de Granada, la ciudad de los encantados cármenes y de los orientales voluptuosos palacios, cuna de ruseñores y de poetas, á la que han venido siempre en busca de inspiracion y de poesia los más elevados géneos de la tierra.

El lábaro de la Cruz desplegado en Covadonga habia recorrido toda España; habia sido clavado en los muros de Zamora, habia pasado las crestas del Guadarrama y ondeado en la imperial Toledo, en la ciudad de los grandes concilios, en la patria de los Ildefonsos y de los Eugenios; habia penetrado despues en Andalucia y tomado posesion de Córdoba, la corte de los emires Omniadas, la arabesca ciudad de las bellas tradiciones y de los artísticos monumentos, y despues de haberse posado sobre las fortalezas de Antequera, Ronda, Cártama y Velez, venia triunfante con las mesnadas cristianas á llamar á las puertas de Málaga.

Importaba mucho á los españoles la conquista de la *Malach* fenicia, del antiguo municipio *Flavio malacitano*: incitaba á los reyes el deseo de cerrar la entrada en España á las guerreras tribus berberiscas, que venian á socorrer á sus hermanos de allende el Estrecho: escitaban la codicia de los soldados aquellas colinas envueltas en su verde capa de viñedos; aquellos campos sombreados por estensos higuerales, cuyos preciados frutos se esportaban hasta la India y la China; aquella ciudad con sus arrabales hermoseados por frondosísimas huertas,

rodeada de murallas y baluartes, defendida por Gibraltar, la Alcazaba y Atarazanas, en cuyo recinto se levantaban los minaretes de las mezquitas entre las flotantes hojas de las palmeras y la célebre universidad en cuya rica biblioteca meditaron tantos y tantos pensadores y poetas; aquella ciudad donde existían las renombradas fábricas de dorada porcelana y las numerosas manufacturas de rasos, de brocados, de damascos y tisues, con los que aumentaban la brillantéz y los encantos de sus voluptuosas y fantásticas fiestas.

La Academia esperaba que los dramáticos lances de la conquista de Málaga inspiraran á nuestros poetas romances dignos de figurar en nuestro romancero, impregnados de cierta fragancia heroica, ajustados á la verdad de la historia y en los cuales la poesía brillara rápida y refulgente, como un destello de sol en un escudo de acero.

De los siete romances remitidos por el señor Presidente de la Academia al Jurado, ha juzgado este que cuatro no merecen premio alguno: de los tres restantes dos son acreedores á menciones honoríficas y al accésit de plata el que lleva por lema los dos versos de Zorrilla:

No aspiro á más laurel ni á más hazaña
Que á una sonrisa de mi dulce España.

En esta composicion existen fluidez y armonía en la versificación, versos impregnados de suave poesía, algunas bellas figuras, estudio esacto de la historia de la conquista de Málaga, detalles histó-

ricos que están tocados con rapidéz, exactitud, erudicion y verdad, y descripciones llenas de frescura y gallardía, como la que hace de Velez, sus contornos y situacion. En los calificativos con que el poeta distingue á Málaga hay algo de la pomposa série de calificativos con que la ensalzó el geógrafo Ben-al-Jatib; y en toda la composicion existen algunos trozos que tienen cierto colorido clásico, como el discurso de los alimes al Zagal rey de Granada, en el que se encuentra algo de aquella respetuosa rudeza con la que algunos de los héroes de nuestro romancero aconsejaban á sus señores ó á sus reyes.

Si las bellas cualidades que distinguen á esta composicion se juntaran á la brillantéz de pensamiento, á la energía de los conceptos, al estro poético que como un fuego sagrado inflamó al autor del romance que se distingue con el lema—«Muy bella del agareno—pero mucho mas cristiana»,—no hubiera sido este designado solo para una mencion honorífica: esta composicion hubiera satisfecho por completo al Jurado, que la habria premiado indudablemente, si á su poético y bellissimo estilo, que tiene el sabor del que usaron nuestros escritores de romances del siglo XVII, se añadieran mayor correccion, un estudio más detallado de la espugnacion de Málaga y si su autor se hubiera mostrado tan erudito historiador, como se ha demostrado entusiasta poeta.

La segunda mencion honorífica la dedica el

Jurado al romance que se diferencia de los demás con el lema

Cristiano y español con fé y sin miedo

Canto mi religion, mi pátria canto.

Su autor merece aquella distincion por el estudio minucioso que ha hecho de la historia de la Reconquista en esta provincia y por la laboriosidad que suponen noventa y cinco páginas de versos, llenos de curiosos datos históricos: si careciera esta composicion de la poesía que encierran algunos de sus trozos, hubiera sido justamente calificada de crónica rimada de la conquista de Málaga.

Además de la oda *A los adelantos del siglo* y del romance *A la conquista de Málaga*, la Academia, deseaba que la sátira se hubiera hecho acreedora á un premio, derramando en estos juegos la alegría, despues de estos temas sérios; pero desgraciadamente no ha podido conseguir su objeto, pues las composiciones satíricas presentadas merecen solo el respeto y la consideracion que les dedica el jurado por el trabajo que han empleado en ellas sus autores.

Sensible ha sido para nosotros no conceder todos los premios anunciados por la Academia; dolorosísimo nos es no someter á vuestra consideracion bellezas que se encuentran en las composiciones no premiadas; la armonía de los versos de algunas, las metáforas mas ó menos brillantes de otras y los nobles y generosos sentimientos que resplandecen en todas; bellezas que á haberse completado con las

demás que exige la bondad absoluta de una poesía, hubieran proporcionado al Jurado el placer de hallarse perplejo para conceder seis premios entre diez y seis notables composiciones.

En el cumplimiento de su difícil misión, todos los individuos que componen este tribunal literario han procurado proceder sin una escesiva severidad, pero también sin una mal entendida tolerancia; guiados solamente de su amor á la poesía, de la más estricta y escrupulosa justicia, y tomando por base la acordada por la Academia, que escogió para la adjudicación de premios la bondad absoluta y no la relativa de las composiciones, han señalado las que creyeron dignas de láureo, con absoluta conformidad y por completa unanimidad de votos.

Los Jurados han comprendido que la premura del tiempo con que se anunciaron estos juegos florales ha impedido que se presenten ante él poesías de primer orden, ó que en las presentadas hayan podido emplearse todo el esmero y toda la corrección que las hubiera hecho dignas de premio, y espera que los venideros juegos, con mejores condiciones de tiempo, traerán consigo composiciones que satisfagan por completo las exigencias de la Academia y la generosa y noble ambición de los poetas: que noble y generosa es la ambición de merecer un rico premio, enriquecido imponderablemente al recibirle de manos de una presidencia compuesta de tan distinguidas Señoras como las que autorizan y dan mayor esplendor á este solemne acto, y entre

los unánimes y entusiastas aplausos de la admiracion pública.

Dícese vulgarmente que la poesía es incompatible con el espíritu del siglo XIX; que la fantasía no encuentra aire respirable en la época de la Bolsa, de la fotografía, del vapor y del telégrafo; que nos hemos convertido en sacerdotes perpétuos del Becerro de oro; que el amor á las riquezas y el frio positivismo ocupan en los corazones el lugar que antes llenaban la abnegacion y el entusiasmo; que en el dintel de nuestra civilizacion se levanta solamente la figura del tanto por ciento, tan asquerosa y repugnante como la repugnante y asquerosa figura de Shilok, el avariento judío de Shakespeare; y que así como el hijo de Venus Afrodita se desvaneció bajo los reflejos de la curiosa lámpara de Psichis, así la poesía se ha desvanecido de entre nosotros bajo la curiosa é investigadora mirada de la ciencia.

El número y la calidad de las personas que llenan este salon y el apresuramiento que todas handemostrado para venir aquí, dan un solemne mentís á esas exageradas afirmaciones; dénlo tambien los poetas presentando en los venideros juegos composiciones dignas del distinguido público que acudirá, como hoy, á cubrirlos de aplausos, y demuestren que la poesía del siglo XIX es más grande, más elevada que la de los pasados siglos; que la poesía de nuestros tiempos no es aquella poesía que infundió en el corazon de las muchedumbres el odio al-estranjero,

la admiracion por los grandes conquistadores y el entusiasmo por los infecundos trances de la guerra; demuestren que la poesia de nuestra época no es la poesia materialista y sibarítica de Anacreonte y Tibulo, apegada al presente, embriagada como una bacante con los goces sensuales, más ansiosa del placer de los sentidos que una hetaira griega; demuestren que la poesia de nuestro siglo aspira á ser tan pura, bella y simpática, como la musa que inspiró á Quintana, á Barbier y á Lamartine, que se halla ansiosa de abnegacion y de desprendimiento, que es entusiasta por la paz y amante de lo porvenir, que se complace en marchar en el triunfante cortejo de nuestra civilizacion, arrancando á su lira melodiosísimas armonías que electrizan á nuestra generacion en sus instantes de desfallecimiento, mostrándole que su mision es adelantar sin descanso, que su mision es el progreso: el progreso, que no es mas que la realizacion indefinida de la aspiracion del hombre hácia la felicidad y el cumplimiento en la tierra de la voluntad de Dios.

À LOS ADELANTOS DEL SIGLO.

ODA

premiada con la EGLANTINA DE PLATA, original del

Sr. D. JOSÉ M.^a JIMENEZ PLAZA.

¿Cómo la lira mia
Sabrá cantarte dignamente?
NICASIO GALLEGO.

¿Dónde, dónde encontrar, siglo dichoso,
del mar de tus inventos las orillas?
¿Quién se puede ceñir el láuro honroso
de cantar tus insignes maravillas?

Para arrancar del arpa resonante
dignos acentos de tu ilustre fama,
dáme la ardiente inspiracion gigante
que al corazon con su poder inflama.

No la palabra en triste desaliento
privada de volar mísera gime,

que le imprimió grandioso movimiento
un génio bienhechor, génio sublime.

Tiene la imprenta prodigioso eco,
y la palabra que al espacio lanza,
cruzando del espacio el ancho hueco,
á entrambos polos presurosa alcanza.

Mas ¿cómo en la presteza vencería
al águila candal, que en ráudo vuelo
se pierde audáz en la region vacia,
enamorada del azul del cielo?

«En alas de mi aliento misterioso,
—el telégrafo eléctrico responde—
que el rápido huracan es perezoso
ante el aliento que mi alambre esconde.»

«¿Quién jamás imitó mi bien fecundo?
¿Quién ante mí de su poder se ufana?
Yo, que abarco los ámbitos del mundo,
soy el gran lazo de la raza humana.»

Dice, y sus brazos múltiples tendiendo,
como en vasto jardin la enredadera,
su destino magnífico cumpliendo,
sigue cruzando la terrestre esfera.

Y la cruza tambien impetuoso,
con fiereza sin par mónstruo rugiente,

que, arrebatado en vértigo espantoso,
semeja en rapidéz al rayo ardiente.

Nada le estorba en su veloz carrera;
ábrenle, temerosas de su saña,
sus floridos vergeles la pradera,
su recóndito seno la montaña.

No lo veis?... no lo veis?... Hórrido y fiero
con infernal ruido serpentea,
atrás dejando al aquilon ligero,
humo exhalando cuya nube ondea

Esa potente máquina sonora,
que veis rodar con estridor profundo,
es la rápida audáz locomotora,
que á impulso del vapor recorre el mundo

Impulso bienhechor! por él altiva
hora la nave, sin pomposa lona,
hiende las olas y el escollo esquivo,
volando á su placer de zona en zona.

Por él fábricas mil en récios sonos
publican de la industria la grandeza;
él es áura vital de las naciones,
manantial de benéfica riqueza.

¿Qué importa que el intrépido aeronáuta
vaya sin rumbo y á merced del viento,

sin descubrir la suspirada páuta
con que poder triunfar de ese elemento?

Como rayo de sol que puro brilla,
de la presente edad brilla la gloria,
que á la grandeza del vapor se humilla
de los inventos la fecunda historia.

Tu génio ¡oh siglo! con aliento osado
rompiendo del Suez la dura frente,
de dos mares las ondas ha juntado,
acercando la Aurora al Occidente.

Ya el flotante bajel llega gozoso
á donde el Indo su caudal derrama,
sin afrontar el cabo proceloso
dó su rico laurel alcanzó Gama.

¡Cuán hermoso y magnífico se ostenta
ese estenso canal en las regiones
donde fingen la voz de la tormenta
con sus roncós rugidos los leones;

donde la palma solitaria crece
bajo el influjo de eternal estío,
en cálidas arenas que humedece
solo el celeste bienhechor rocío;

donde llena de insólita osadía,
para asombro de mil generaciones,

soberbia ilustracion levantó un dia
las tumbas de ignorados faraones!....

¡Venturoso canal! ¡prenda querida!
¡cinta de plata que al desierto adornas!
por tí el Egipto recobró su vida;
tú en abundancia su miseria tornas.

El Nilo, cuya linfa cenagosa
dilatadas llanuras fecundiza,
hoy que contempla tu mision hermosa
con rubor y tristeza se desliza.

Ya te ensalzó la fama voladora
donde lánguido el sol hunde su frente,
y el rudo Panamá trémulo llora,
porque su horrendo porvenir presiente.

¡Palacios de cristal, en donde el arte
y la industria magnífica se ostentan;
donde la mano del poder reparte
prémios que al génio sin cesar alientan!

Siempre en vuestros recintos, que estasían,
su bella fáz el adelanto asoma;
adelanto feliz que envidiarían
la sábia Grecia y la opulenta Roma.

¡Siglo todo esplendor, siglo grandioso
que moribundo estás, y en lontananza

adelantos sin fin miras ansioso,
sin término poner á tu esperanza!

¿Quién trazó tu destino siempre bello?
¿Quién te dotó de singular renombre?
El que es de Dios universal destello:
el levantado espíritu del hombre.

Cese el afán que te devora ardiente:
tus hechos de grandeza te han vestido;
eterno es el laurel que orna tu frente;
para tu nombre pereció el olvido.

La ciencia, que su vuelo remontando
se cierne en los espacios vencedora,
al mundo los secretos revelando
que el rutilante sol mudo atesora...

La magia del fotógrafo, sublime
emanación de la celeste altura,
que en el cristal imágenes imprime
imitando el poder de la natura...

Esos gemidos que la mar exhala
sintiendo el peso de ferradas naves ..
el gas oculto, que de luz regala
purísimos torrentes y suaves;

Luz que de claridad haciendo alarde
vence lo triste de la noche umbria:

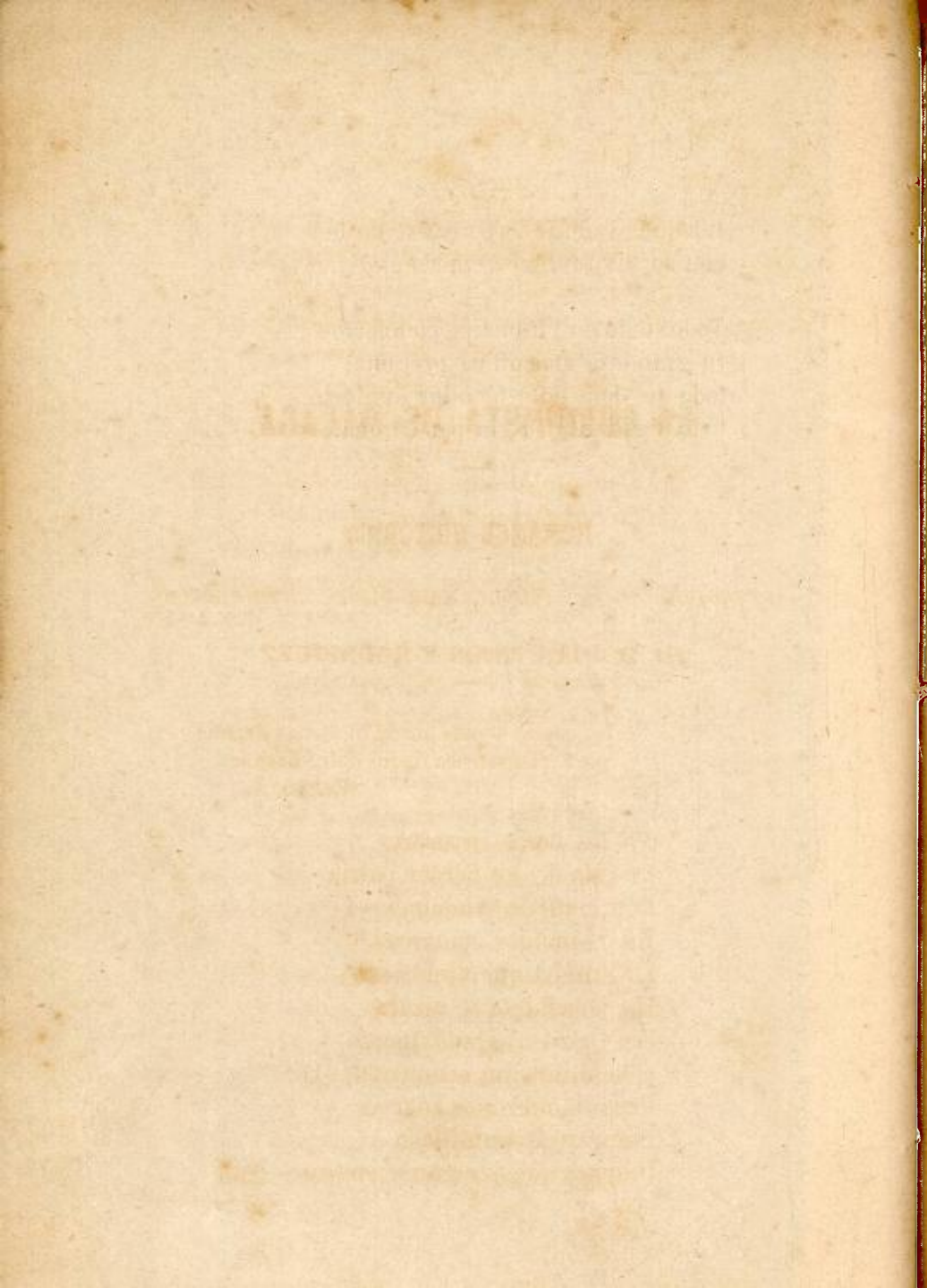


—57—

luz que al morir la perezosa tarde
con su vivo fulgor remeda el día....

—

Todo, todo en fantástico concierto
tu grandeza magnífica pregona;
todo te deja de esplendor cubierto;
todo abrillanta tu sin par corona.



LA CONQUISTA DE MÁLAGA.

ROMANCE HISTÓRICO

premiado con la CALÉNDULA DE PLATA, original del

Sr. D. JUAN TEJON Y RODRIGUEZ.

No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,
que á una sonrisa de mi dulce España.

ZORRILLA.

Ya los fieros invasores
De esta de los héroes pátria,
Dominan de Andalucía
En reducidas comarcas.
La enseña que victoriosa
En Guadalete se alzára
Del Genil al Guadalhorce
Solo al muslim acompaña, (1)
Pues de morunos adarves
Desaparece humillada
Despues que arrogante ondea

Por sorpresa sobre Zahara.
Los amires, descendientes (2)
De Alahmar, en lucha infanda (3)
Dispútanse una diadema
Que ya de sus sienes salta.
La ambicion y la discordia
Imperan sólo en Granada:
¿Quién resistirá al empuje
De la gran hueste cristiana?
El faquí supersticioso (4)
Derrotas solo presagia,
Y cabezas de creyentes
Ruedan á cercen cortadas.
En tanto á Córdoba afluye
La nobleza con sus lanzas
Que al llamamiento responde,
Por sus reyes convocada.
No hay campeon que no acuda
De su esfuerzo haciendo gala;
De entusiasmo y regocijo
No hay corazon que no lata.
La Meca del Occidente,
Ciudad para el moro santa,
La que entre sus maravillas
Cuenta la soberbia Aljama, (5)
Olvidase del Profeta
Y aplaude la gran cruzada
A que se aprestan en breve
Las falanges castellanas.
¿Cuál será la nueva empresa

Que acometan esforzadas?
¿Rendir á Guadix pretenden
O intentan ganar á Baza?
Ván, ganosas de prez y honra,
A tomar pronta venganza
De la derrota sufrida
Allá en los montes de Málaga. (6)
Vida ó libertad perdieron
Caudillos de justa fama
En aquella correría
Atrevida cuanto infausta;
Y es fuerza retar al moro
Que entre almenas se recata
Y arrancarle sus preseas
Humillando su arrogancia.

La primera luz dudosa
Que estiende en Oriente el alba
A teñir no ha comenzado
La áspera sierra cercana.
La noche á Córbova envuelve
Con misterio entre sus gasas;
Solamente algun ruido
Bélico turba su calma.
De repente se estremecen
De la tierra las entrañas
Y el vulgo supersticioso
Fatídico augurio saca;
Mas animoso Fernando

Y sus gentes esforzadas,
Al tímido aliento prestan,
Y pónense luego en marcha.
En la vega de Archidona,
Cuya perspectiva encanta,
Juzgando hallar el reposo
Nuevos contratiempos hallan.
Ráudo el huracán resuena
Cual voz potente, satánica,
Y en simulado combate
Los nubarrones enlaza.
Rasga el rayo las tinieblas
Y entre relámpagos baja,
Mientras la lluvia descende
Como inmensa catarata.
¿Tal vez el Ángel caído
Sobre el campamento vaga,
Auxiliar de la morisma
Que lo evoca amedrantada?
¿Qué fué de las frescas rosas
Que al soplo de Abril brotáran,
Si ya la fértil campiña
Un mar semeja que espanta?

El maestro de Santiago,
El noble Conde de Cabra,
Los de Cifuentes y Ureña,
Clavero de Calatrava,
Duques de Medinaceli

Y de Plasencia, mandaban
Sus tercios, con el de Cádiz
Marqués, vencedor de Alhama.
Don Fadrique de Toledo
Al rey Fernando acompaña,
Y don Alfonso Aguilar
Entre los primeros marcha.
Dirige, de los Donceles
El alcaide, la vanguardia;
Los de Lorca y de Carmona
Con el maestro de Alcántara
Protegen la Artillería
En Ecija acantonada,
Y otros bravos adalides
Acaudillan sus mesnadas.
El pretal de sus caballos
De sangre ostenta las manchas
Que cabezas de agarenos
Allí pendientes dejáran;
Y sus férreos acicates
En los hijares se clavan
Del potro que galopando
A los demás aventaja;
Pues los ginetes compiten
En bravura como en ánsia
Por llegar de los primeros
Donde el peligro se halla.
Los de á pié tampoco encuentran
Sus armaduras pesadas;
Si pierde su puesto alguno

Detrás no queda, es que avanza.
Díaz de Mena, el de Trevento
Y Arriarán llevan á Málaga
Las veloces carabelas
Y galeras de la armada.
Estremécese á su vista
El pueblo que se levanta
De una estensa y alta sierra
En la pintoresca falda:
Velez, mansion de delicias (7)
Que al berberisco encantaba,
Ciudad, que envidiaron todas
Las de la *Cora de Rayya*: (8)
La de las fértiles tierras
Que pródigas siempre pagan
Del labrador los afanes
Y el sudor con que las baña;
La de las mugeres bellas
De suave tez de nácar,
Con cuyos ojos se enciende
De los deseos la llama;
La del río que fecunda
Sus llanuras de esmeralda,
Do crecen vides, higueras,
Almendros, mieses y palmas.
Ya no lleva á los oídos
El eco de sus montañas
Las alegres cantinelas
De las bulliciosas zambas;
Que los rumores que suben

A sus torres almenadas
Son de enemigas trompetas,
No de moriscas dulzainas.
Un ejército imponente
Sus arboledas arrasa
Y en las risueñas colinas
Retando al Islam acampa.
Si la fé y el entusiasmo
Lo guían á aquellas playas,
El valor y el fanatismo
Le han de oponer fuerte valla;
Que los fieros moradores
De tan ríscosa comarca,
En la guerra ejercitados
Y en provechosas algaras,
Jamás en sus tierras vieron
Impresas huellas cristianas:
Por sus hijos y ganados
No temieron asechanzas.
Súbito estruendo á los reales
Lleva repentina alarma
Que por sorpresa acometen
Los infieles sus estancias;
Como el chacal que á su presa
Rápidamente se lanza
Cuando observa que rendida
En el otero descansa.
Mas nó como la gacela
El guerrero se acobarda,
No de los gritos salvages

Le intimida la algazara,
Cual de los heróicos Griegos
Las tropas disciplinadas
La horrisona vocería
Del Troyano despreciáran.
Pasa el estupor y en breve
Vé el moro que lo rechazan:
El mismo Rey dando ejemplo
En su palafren cabalga
Y cierra con los que osados
Acometieran su guardia
Y en sangre enemiga tiñe
El acero de su lanza. (9)
Como en su cubil la fiera
Defiende tenáz la entrada,
Sus estensos arrabales
Así los de Velez guardan:
En ellos la vida pierden
Acuña y Nuño del Aguila,
Y heridos son Garcilaso,
Merlo y Cárlos de Guevara.
Mas corona la victoria
Empresa tan temeraria
Y el Conde de Benavente
Vence y el Duque de Nájera.

—

Los *reques* y los *alimes* (10)
Que aconsejan en Granada
Al bravo *Zagal*, lo impelen (11)

A que á la lid pronto salga:
«Si tus estados, le dicen,
Cercena la grey cristiana
Que hoy lleva el espanto á Velez,
¿Quién ha de auxiliar á Málaga?
Tiembla, Amir, que las banderas
Del Islam pronto enrolladas,
Envueltas en su ignominia
Tremolarán solo en África.
Los albergues misteriosos
Que nuestros padres alzáran,
Nuestras leyes y mezquitas
El Nazareno profana,
Y coge el sabroso fruto
Del árbol que ellos plantáran
Mientras sin hogar los fieles
Degeneran de su raza.
Recuerda que en la Ajarkía
Ganaste el trono en que mandas;
Afirmalo con mas triunfos,
O piérdelo en la batalla.»

En las cumbres de la sierra
Que domina á Velez-Málaga
Rojas hogueras anuncian
De los moros la llegada.
A explorar, con escuderos
Perez del Pulgar avanza,
Pues no en vano le apedillan
Por mote *el de las hazañas*.

Los espías que sorprende
El plan de guerra declaran:
Todos á luchar se aprestan;
Todos esgrimen sus armas.
Así de la oscura noche
Entre las sombras veladas
Posiciones estratégicas
Toman las huestes contrarias.
Mas pronto asordan el aire
El chocar de las espadas,
De añafles y trompetas
Bélico son, y descargas
Que esparcen terror y asombro
En las haces mahometanas.
Reduan Venegas no puede
Con nuevo esfuerzo ordenarlas,
Y se ven, entre el dudoso
Fulgor de las almenaras
Que disipan las tinieblas
Y de Velez la esperanza,
Por las fragosas alturas
Huir las dispersas taifas, (12)
Cual de carnívoros buitres
Las fugitivas bandadas.
Perdió el moro en la pelea
La ciudad que tanto amaba;
Perdió *el Zagal* su corona
Y se internó en la Alpujarra:
-Que inconstantes sus adictos
Por soberano proclaman

Al rey *Chico*, cuyo horóscopo (13)
Anunció desdichas tantas.

Málaca, ciudad insigne (14)
Cuya hermosura retrata
El mar que á sus piés domado
Lánguidamente se arrastra;
Verdadero paraíso,
De las aves atalaya,
De la salud y el deleite
Perpétua depositaria;
La que del comercio emporio (15)
Llevó su renombre al Asia
Y en riquezas abundando
Atrajo á sí gente estraña:
La que amaron los Fenicios,
Recreándose al fundarla,
y los Romanos y Godos
Cuidadosos conservaran;
Trono de preclaros reyes, (16)
Margarita codiciada,
de los astros predilecta,
Vaso de eterna fragancia:
La que resistió constante
Con indomable pujanza
El poder de los Califas
Que su posesion ansiaban,
Pues, sus mozárabes bravos
Con fervorosa constancia

Al Coran siempre opusieron
Del Redentor la ley santa, (17)
Tiene el lábaro á su vista,
Que su fé de nuevo inflama,
Y con el cual para siempre
Ha de quedar desposada.
En vano sus moradores
Y sus guerreros del Atlas
Y el caudillo que los guía
A resistir se preparan;
Pues aunque desciendan todo
De las tribus de la Arabia,
Que ni Alejandro, ni Augusto,
ni Trajano sojuzgaran,
Y aunque de *Kaled* empuñe (18)
Hamet el Zegrí la espada, (19)
Han de quedar confundidos
Ante la bravura hispana.

.
Entre alígeros celages
Tornasolados que vagan
Por el estenso horizonte,
Anúnciase la alborada.
A su ténue luz incierta
Süavemente se apagan
Los astros que de la noche
El régio manto recaman.
Y á su claridad dudosa
Se descubre en lontananza,
Cual provocador gigante,

La inexpugnable Alcazaba. (20)
Ciento diez torres coronan
Sus mezquitas y el alcázar,
Donde en oriental conjunto
Gusto y riqueza se hermanan.
Escritas están con sangre
Sobre sus almenas pardas
Mil fratricidas contiendas,
Hechos de valor que pasman.
Dobles muros eslabonan
Fortaleza tan preciada
Con otro monte vecino
Do Gibralfaro descansa. (21)
Perdurable testimonio
Que siempre el poder ensalza
De quien le dió tal valía
Y más de quien lo ganara.
Desde las veleras naves
Contempla grandeza tanta
El cristiano que codicia
La perla que el moro guarda:
Admirando, por los rayos
Primeros del Sol dorada
Y por las olas batida,
La arabesca Atarazanas;
Arsenal de los bajeles
Do al mar el muslim se lanza,
Con la leyenda en los lábios
Que vé fija en su portada. (22)

Perfumados espirales
Los pebeteros exhalan
Embalsamando el ambiente
De una magnífica estancia;
Y valiosas alcatifas,
Que fueran de Persia gala,
Ocultan el pavimento
Y el rumor de las pisadas.
En orientales cogines,
Do brilla el oro y la plata
Sobre telas de Damasco
En flecos, borlas y franjas,
Aunque aparece dormido
A la luz de rica lámpara
Vela Hamet, que el que un peligro
Vé próximo no descansa.
Los acordes de una guzla
Por hábil mano pulsada
No conmueven al caudillo
Ni de su abstraccion lo sacan.
Y aunque recuerda que en Ronda
Y en Coin vió malogradas
Las que acarició en su mente
Ilusorias esperanzas,
Jura vengar tanto ultrage
Y derramar sangre tanta
Que ha de eclipsar su renombre
El que Almanzor conquistara.
En sus quince mil Gomerres,
Ardientes como su pátria,

En sus fuertes y pertrechos
Y en el temple de su alma,
Fía el *gualí* la victoria (23)
de la próxima jornada,
Que ha visto del enemigo
Cerca ya las tiendas blancas.
Ofertas ha despreciado
Con altanera arrogancia
Que en vez de ambicion despiertan
Rencor en su pecho y saña.
Si de Castilla el tesoro
A sus deberes compara,
Pobre lo juzga en su orgullo
Porque es su mision muy alta.
Así apellidó traidores
A aquellos que concertáran
La entrega sin resistencia
De la musulímica plaza;
É hizo teñir con su sangre
Las calles de la Alcazaba,
Que tan solo al esterminio
Dispuesto el Zegrí se halla.
Prefiere cual Sardanápalo
A dar al cristiano entrada,
Con riquezas y mugeres
Arrojarse entre las llamas.

—

Las luces del nuevo dia
Dan brillantéz á las armas

Que empuñan los combatientes
Y á esgrimirlas se preparan.
De la primavera aliento
Las refrigerantes áuras
Que los olores esparcen
De azahar y rosas tempranas,
Agitanse repitiendo
La confusa discordancia
De atabales y clarines
Y disparos y amenazas.
Alturas inaccesibles
Bravos de Galicia asaltan:
¿Qué cazador en su nido
Va á apoderarse del águila?
Garcilaso de la Vega
Y otros capitanes cargan
Con decision nuevamente,
Mas de nuevo al valle bajan:
Con mas refuerzos insisten,
Pues morir en la demanda
Prefieren á retirarse
Dando al musulman ventaja.
Tiran picas y ballestas,
Brillan alfanges y dagas,
Los paveses y armaduras
Rómpense bajo las hachas:
Hendidos los coseletes,
Las cimeras y corazas,
Dan paso á la roja sangre,
Que el metal bruñido esmalta

Y con su púrpura tiñe
Las marlotas leonadas,
Las plumas de los almetes
Y el cuero de las adargas.
Los ruidosos lelilíes,
El chocar de las espadas,
Los que al rodar por las peñas
Sus adversarios arrastran,
Marcial estruendo producen
Y confusion tan estraña
Que al que en él no toma parte
Tal espectáculo pasma.
Mas ya al ímpetu supremo
De las huestes no cansadas,
Cede la infiel muchedumbre
Que en su castillo se ampara.
Y á los primeros albores
De la siguiente mañana,
Fortificando el de Cádiz
Las posiciones ganadas,
El ejército se extiende
Para rodear á Málaga,
Como serpiente que oprime
Del contrario la garganta.
Requesens cierra el bloqueo
Con las fustas catalanas
Y del mar se enseñorean
Sus banderas y sus flámulas.

¡Cuán lento transcurre el tiempo

Para aquellos que con ansia
Entre peligros y angustias
Y privaciones lo pasan!
¡Cuánto con febril denuedo
Sufren las falanges bravas
Que en su anhelante porfía
Lo que pretenden no alcanzan!
El sol de estío luciente,
Que nube ninguna empaña,
Al sitiador y al sitiado
Con rayos de fuego abrasa;
Y aunque aportillado el muro
Fué por las marmóreas balas,
Y hubo asaltos y salidas
Y escaramuzas diarias,
Aún sus estensos adarves
Pertináz el moro guarda,
Como el cristiano conserva
Su línea de empalizadas.
De batir fuertes ingénios
Y poderosas lombardas
Poblacion y fortalezas
Incesantemente dañan.
Mas su defensor resiste
Con firme perseverancia:
Su libertad y su triunfo
Confiadamente aguarda.
Así del campo cristiano
Varios fugitivos tránsfugas
Que ha de suceder afirman,

Porque la peste amenaza.
¿Quién desmentirá rumores
Que al sitiador tanto dañan
Y á este dará mayor brío?
La presencia de una dama,
Y doña Isabel primera
Con justicia reputada
Como de virtud modelo,
Varonil cuanto magnánima,
Al recibir el mensaje
Que angustiado el rey le manda
Deja de Córdoba al punto
El bello y morisco alcázar;
Y entre mil aclamaciones
Y vítores y alabanzas,
Parte para el campamento,
De su corte rodeada.
La infanta Isabel que siempre,
Aunque niña, la acompaña,
Va á atenuar del guerrero
El malestar con sus gracias.
Y el soldado se reaninia
Y gozoso se engalana
Para recibir á aquella
Que es iris de su esperanza.
Dichoso el marqués de Cádiz
Se juzga cuando cabalga
En su corcel vigoroso
Y á su encuentro se adelanta:
El maestro de Santiago

Tal placer tambien alcanza:
Como es general el júbilo
Todos sus plácemes cambian.
Religion y patriotismo
A la multitud exaltan;
De gratitud y ternura
Corren abundantes lágrimas,
Y de españoles gozosos
Entre hileras apretadas
Llega, de entusiasmo henchida,
la célebre castellana.
Monta una ligera mula
Ricamente enjaezada:
Sobre el raso carmesí
Adornos de oro resaltan.
Lleva sombrero morisco,
De terciopelo la falda,
El justillo de brocado
Y mantilla de escarlata.
En su semblante risueño
Y á través de su mirada,
La sensacion se descubre
Que experimenta su alma
Cuando su régio consorte,
Que al ceremonial no falta,
Un ósculo en su megilla
Cariñosamente estampa.
Oculta una sobrevesta
De Fernando la coraza
Y desde sus hombros cae

Manto real forrado en martas:
El joyel de su birrete
Fija airon de plumas gualdas,
Y costosisima luce
Damasquina cimitarra.
Los prelados, extrangeros,
Hijos-dalgo, pages, damas,
Trages ostentan, arneses,
Blasones, joyas y armas.
Un torneo, no un asalto,
Parece que se prepara,
Pues la pompa y la alegría
Del conjunto se destacan.
Todo desde aquel instante
En el campamento cambia
Con la presencia tan solo
De la invicta soberana:
Que hábil, sagáz y prudente,
Siempre investiga la causa
Si observa que alguno sufre
O en su ardimiento desmaya.
Y experta cual generosa,
Con sus oportunas dádivas
Remedia la desventura,
Galardona las hazañas,
Cura y consuela al herido,
Honra al que muere y lo ensalza,
Padece con quien padece
Y al desamparado ampara.

Si otra intimacion reciben
Los defensores de Málaga,
Con amenazas responden
Del rey á las amenazas.
Y á los certeros disparos
Que parten de las murallas,
Con sus disparos responden
Búzanos y cerbatanas.
Ni aun en la tranquila noche
Los combatientes descansan,
Que es el peligro continuo
Como es perpétua la alarma;
Pues parapetos ni fosos
Contra los musulmes bastan,
Que del paraíso buscan
En ellos la bienandanza.
El de Cádiz sorprendido
Despierta, el broquel embraza;
Oye el clamor de su gente
En la próxima albarrada,
Y en tan desigual pelea,
Herido de flecha y bala,
Y en la oscuridad envuelto
Á sus contrarios rechaza.
Reparador ya no puede
Con sus invisibles alas
Dar blando reposo el sueño
Á quien de la muerte escapa:
Así cuando el yermo campo
Refresca al caer la escarcha,

Al aparecer la aurora
De oro y púrpura entre fajas,
Son descubiertas, vencidas,
Las fuerzas que Guadix manda,
Y un *moro Santo* conduce
Para socorrer la plaza.
Ave feroz de rapiña,
Que de sangre no se sácia
Y que, cautelosa esconde,
Las que afiló fuertes garras.
Apartado y como absorto
En contemplacion se halla
El *dervix* á quien cautiva (24)
Exploradora avanzada.
Revelaciones ofrece
Que hará de suma importancia
Solamente y con sigilo
A los cristianos monarcas.
Mas condúcenlo á otra tienda
Mientras Fernando descansa,
Que por su ostentoso lujo
Ser juzga la régia estancia.
Aunque indefenso parece,
Bajo su albornoz de lana
Como Escévola y Bellido
Puñal mortífero guarda.
Velóz con él acomete
A un príncipe de Braganza
Y á la marquesa de Moya
Que conversando se hallaban,

Pues no conoce á los reyes
Cuyo estérminio jurára,
Y pretende en su delirio
Ser libertador de Málaga.
Mas ¡ay de él! que palpitantes
Sus miembros, á gran distancia
Una catapulta arroja
Y á sus secuaces espantan.

.
Alí Dordux, noble duedo
De los reyes de Granada,
Rico, influyente, benigno,
De persuasiva palabra,
Convocando á los ancianos
De la ciudad desolada,
Al fiero Hamet se presenta
Y así con valor le habla:
•En nombre de Alah potente,
Que toda criatura alaba,
Y á cuyos altos decretos
La cerviz los fieles bajan,
Pues su voluntad gobierna
Cuanto el pensamiento abarca
Y hace florecer imperios
Mientras otros anonada;
Te requerimos nosotros
Con la congoja en el alma,
Para evitar los estragos
Que con la ciudad acaban:
Tú, su defensor, cumpliste

Cuanto nuestras leyes mandan;
Mas ¡ay! que ya tu heroísmo
mayores males nos causa.
Cese ya tanta porfía,
Cese ya dureza tanta
Que el hambre enerva al guerrero
Y nuestras mugeres mata.
Como secos manantiales
Sus mústios pechos no lactan,
Exánimes, moribundos,
Los hijos de sus entrañas.
Nuestras torres son ruinas;
Galerías subterráneas
Abren paso al enemigo
Que nos estrecha y amaga:
Ni del alte Gibralfaro
Le intimidan las descargas
Ni sirvió que nuestra flota
Acometiera su escuadra.
¿Resistirán por ventura
Nuestras puertas torreadas
De ese tenaz enemigo
A la ingénita pujanza?
¿Vendrá acaso en nuestra ayuda
Boabdil, que desde Granada
Ricos presentes envía
A quien su *aliado* llama
Y trotones con los cuales
Nos persiga en la batalla,
Sus jaeces ostentando

En la Ciudad expugnada?
Resistir no es ya posible:
¿En quién funda su esperanza?
Cese ya tanta porfia,
Cese ya dureza tanta.»
Al castillo se replega
Con sus gentes ya diezmadas
El Zegrí que municiones
No tiene ni las aguarda.
Y Ali-Dordux con los *reques*
Representantes de Málaga,
Al real llega, presidiendo
La silenciosa embajada.
Tres veces volviendo insiste
Mas no obtiene del rey gracia;
Si antes su oferta no oyeron,
Hoy condiciones no pacta.
Y aun cuando imitar pretenden
El ejemplo de Numancia,
Y colgar á los cautivos
De las almenas mas altas,
Y, el exterminio llevando
A las filas castellanas,
Dejar de su resistencia
Memoria eterna en España,
El conquistador no atiende
A súplicas ni amenazas:
Lo que la humildad no logra
Menos la altivez lo alcanza,
Que la ley de los vencidos

Sufrirán por su jactancia
Los que su suerte fiaron
Al éxito de las armas.

Los rayos del sol coloran
La cima de las montañas
Luego que del éter leve
El claro cendal traspasan.
Su disco hermoso de fuego
Sosegado el mar retrata;
Parece que en sus orillas
Tranquilamente se baña;
Y alumbrando el campamento
Y la ciudad bloqueada,
Del artista y del poeta
La imaginacion exalta.
Desde que asoma en oriente
Rompiendo la niebla diáfana,
Nuevo movimiento imprime
A tan bello panorama.
¡Ay del muslim! que la hora
Ve llegar para él infausta,
En que el signo del cristiano
Vencedor su enseña abata.
En los altos alminares
Do el *muedzin* su voz alzaba, (25)
Pronto con alegre estruendo
Resonarán las campanas.
La torre del homenaje

Ocupan gentes de armas
Que otros pendones tremolan
Al son de nutridas salvas.
Por el cardenal Mendoza
Y los obispos de Avila,
De Leon y Badajoz
La mezquita consagrada,
Entran los reyes Católicos;
Mas Isabel va descalza
Y la VICTORIA dá nombre
A la imágen que acompaña;
Que á la Reina de los Cielos
A quien rinde joyas, galas
Y trofeos, por Patrona
De su nuevo pueblo aclama.
La antes libre muchedumbre,
Ora sin fuerzas y esclava,
Abandona tristemente
Sus deleitosas moradas.
Y mesándose el cabello
Las doncellas mahometanas
Prorumpen en triste llanto
Y en su desconsuelo esclaman:
«¡Oh ciudad de las delicias
Que es del edem remembranza!
¿Por qué la misericordia
Hoy de Alah te desampara?
Estaba sin duda escrito
En las eternas tablas
De tu destino que un dia

Volvieras á ser cristiana.
Mas ¿cómo ha de resignarse
Quien como á madre te ama
A buscar para sus restos
La fosa en tierras estrañas?
¿Donde está la fortaleza
De tus torres y murallas
A las que no alcanzó nunca
Del asaltador la escala?
¿Qué será de tus guerreros?
¿Qué de tus niños y ancianas?
El pan ¡ay! que nos espera
Antes de gustarlo amarga.
¿Cómo arrastraran los hierros
Que la servidumbre fragua
Las que en palacios vivieran
Siempre servidas y amadas?
¡Pluguiese á Alah que nacido
Hubiésemos en cabañas
Do se aspiran sin recelos
De la libertad las auras!»
Con tan afflictiva escena
Conmovedora contrasta
La que ofrecen los cautivos (26)
Que salen de la Alcazaba.
En las mazmorras moriscas,
Sin mas luz que su esperanza,
Vivieron entre cadenas
A par del tiempo pesadas.
Cual sus angustias crecieron

Más y más sus luengas barbas;
Del sufrimiento las huellas
En sus semblantes se marcan
Y aunque sin fuerzas ni aliento,
La fê sostuvo sus almas,
La redencion esperando
Puesta en Dios su confianza.
El llanto de la alegría
Surca sus mejillas pálidas,
Y de sus libertadores
Arrodíllanse á las plantas.
Mas los reyes victoriosos
Con respeto los levantan
Y á las de ellos con ternura
Mezelan compasivas lágrimas.
Y cual cariñosa madre
Compensa la soberana,
Sus pesares con mercedes,
El hambre con la abundancia.
El indómito guerrero
Que en Gibralfaro se hallaba,
Cual jabalí perseguido
Que al fin el montero alcanza,
Responde á los que lo increpan
Por su defensa obstinada:
«Juré y cumplí como bueno
Ser el sostén de esta plaza.»
Así los que la Península
Tantos siglos dominaran
Ven que vacila su imperio

Próximo á hundirse en Granada;
Que el puerto do recibian
Refuerzos de Mauritania
Con la cruz el paso cierra
A las naves africanas.
Perdido ya el poderío
Que dióles traicion y audacia,
De todo adelanto rémora
Ha de enervarse su raza.
Y nuestros progenitores
Patentizan así en Málaga
Que invasores extrangeros
Consentir no puede España.





NOTAS.

(1) *Muslim* significa el que ismaliza, cuyo nombre se deriva de la raíz árabe *Salima*, salvarse y someterse, de donde procede la palabra *Islam* ó sumision.

(2) *Amir* ó emir es lo mismo que príncipe ó jefe de tribu: muchos reyes sarracenos usaron el título de *Amir amumenin*, ó sea príncipe de los fieles, por lo que nuestros cronistas suelen llamarlos Miramamolín.

(3) *Alahmar* que significa *el rojo*, fué el primer rey moro de Granada y el que emprendió la obra admirable de la Alhambra. En sus estados florecieron las ciencias, las artes y la industria. Notable es el epitafio que segun el Dr. D. José Antonio Conde hizo poner su hijo Muhamad II sobre su atahud de plata.

(4) *Faquí* ó *alfaquí* significa teólogo y jurisconsulto.

(5) *Aljama* ó mezquita mayor, hoy Catedral de Córdoba, que en 786 mandó edificar Abderrahman I, el cual se cree que trazó el plan de la obra, proponiéndose asemejarla á la de Damasco para que escediese en suntuosidad á la de Bagdad y fuese comparable á la de Alaksá en Jerusalem. El mencionado Califa trabajaba en ella una hora cada dia y gastó mas de cien mil doblas de oro en su construccion, segun los manuscritos y memorias árabigas traducidos por el citado Conde. (Historia de la dominacion de los árabes, T. I., pág. 171.)

(6) Desgraciada expedicion á la Ajarquía de Málaga, de que hablan todos los historiadores. *Ajarquía* es la parte oriental.

(7) Velez en árabe *Bellix*, *Ballix* ó *Aballix* parece ser corrupcion del nombre latino *Vallis* ó valle. Para su des-

cripcion se ha tenido presente la de los historiadores y geógrafos consultados por D. Francisco Javier Simonet. Lo mismo sucede al tratarse de Málaga árabe.

(8) *Cora* ó comarca de *Ragya*, cuya capital fué Málaga, despues de Archidona, segun los textos arábigos. En ellos suelen ser llamados los malagueños *Arrayyies*.

(9) Este hecho histórico se demuestra en el escudo de armas de la referida ciudad de Velez-Málaga.

(10) *Xeques y Alimes*, lo mismo que ancianos y sabios.

(11) Casi todos los historiadores llaman el *Zagal* al hermano de Abulhasan ó Muley Hacen, rey de Granada y padre del conocido por Boabdil; pero Simonet, cuyos profundos estudios arábigos le dan grande autoridad, lo nombra Mohammed XII *Azzagál*. (El valiente.)

(12) *Taifas*, especie de compañías ó partidas no muy numerosas.

(13) El Boabdil de los escritores castellanos se llamaba Mohammed Abu Abdallah *Assaquir* ó el *chico*. Tambien lo apellidaron *el desventurado*, á causa del fatal horóscopo que á su nacimiento sacaron los astrólogos, anunciando que en su tiempo se perderia el reino, por lo cual su padre concibió hácia el grande aversion.

(14) En la «Descripcion del reino de Granada, bajo la dominacion de los Naseritas» dice el referido orientalista Simonet que el nombre *Málaca* lo derivan algunos de la raíz semítica *malac*, reinar, raíz conocida en la lengua fenicia, pero cree mas verosímil la derivacion que le dan otros del verbo hebreo *malaj* que en todos los idiomas semíticos significa *salar* y se halla tambien en la lengua árabe *malaha*. Sabido es lo que dice de Málaga Strabon: *Multunque ibi conficitur salsamenti*. Las páginas 261 y siguientes de la obra del reputado filólogo Berlanga que se citará despues, contienen notables detalles etimológicos referentes al nombre de esta ciudad.

(15) Los frutos de Málaga eran estimadísimos y se exportaban para la India y la China. Sus vinos (*xarab almalaquí*) tanto el lícito como el prohibido para los mahometanos, y sus famosos higos y brevas (*tin almalaquí*) obtuvieron grande aceptacion. Tambien la alcanzaron en

todos los países sus artefactos, entre los cuales sobresalen la porcelana dorada y las *hollas* ó vestiduras de gran precio tejidas con colores, representando califas y otros personajes célebres. La Aduana, segun se expresa un escritor árabe, era *oro purísimo* por lo mucho que producía.

(16) Despues del Califato de los Omeyas ú Omniadas, que reinaron en Córdoba, hubo en Málaga reyes que extendían su dominio hasta Tanger, capital de Almagreb ó Mauritania. Simonet afirma que fueron siete y sus nombres difieren de los nueve que fija Conde. Llamóseles Idrisitas, descendientes de Mahoma y duró su dinastía diez y nueve años.

(17) Los moradores de Málaga no pudiendo resistir á las fuerzas agarenas que vinieron á ocuparla, capitaneadas por Aldelalá, hijo de Muza, en los días de la irrupcion, se retiraron á sus montañas, desde las cuales tomaron la defensiva, logrando al cabo, por medio de una capitulacion, que fuesen respetados sus bienes y su culto. Posteriormente sufrieron estos mozárabes nuevas persecuciones hasta que acaudillados por el famoso Omar ben Hafsun, que parece murió en tiempo de Abderrahman III heroica y ejemplarmente, se levantaron contra el poder de sus opresores luchando en los montes próximos á esta ciudad más de medio siglo, por su religion é independencia. Así parece que lo atestiguan las inscripciones sepulcrales del venerable cenobita Amansuindo y del presbítero y poeta Samuel, que describe el Dr. Berlanga en su obra titulada «Monumentos históricos del Municipio Flavio-Malacitano.»

(18) Kaled (léase Jaled) fué uno de los tres capitanes de Bekr, apellidado *espada de Dios*: se creyó invulnerable por vestir una túnica del Profeta, y despues de sojuzgar la Siria entró en Damasco pasando á cuchillo á todos los cristianos. (Véase á Cantú.)

(19) Hainet el Zegrí nombrado gobernador de Málaga por el ya citado *Azzagal*, lo fué antes de Ronda; era, segun Lafuente Alcántara, gefe de la tribu de este nombre. Los escritores antiguos lo llaman Hamete Zeli.

(20) Segun los autores árabes Badis Ebn Habus,

sultán de Granada, fué quien llevó á cabo en el siglo XI la obra magnífica de la Alcazaba de Málaga, cuya altura exageran hasta el punto de afirmar que debajo de ella brota la lluvia y que apenas podía alcanzarla el pensamiento, por lo eminente de su fábrica y por el elevadísimo lugar en que está asentada.

(21) Mariana, Prescott y Conde dan á este castillo el nombre de *Gebalfaro*, que sin duda trae su origen de una farola que para conocimiento de los navegantes habría en la altura que ocupa dicha fortaleza, segun creen Zurita, el P. Roa y Masdeu: parece, pues, seguro, que los mahometanos conservando el nombre greco-latino de *Pharos*, le antepusieron el de *gebal* ó monte. Véase lo que el Dr. Berlanga dice en su citada obra, pág. 335. Los cronistas arábigos hacen pomposos elogios de este castillo, en cuya construccion se invirtieron sumas inmensas.

(22) En dos escudos que existen todavía en el arco de herradura de esta portada, aparece de relieve la empresa de los Naseritas: «Solo Dios es vencedor.» La voz *Tarazana* se deriva del árabe *Dar sanaa* ó casa de fabricacion, de donde vienen las palabras darsena y arsenal.

(23) *Gaulí* ó *Walí* lo mismo que prefecto ó gobernador.

(24) *Dervix*, especie de cenobita que hace alarde de su pobreza hasta el punto de ser comparado con el perro, segun Hasan el Basri. Saadí en el *Gulistan* dice que un dervix sin piedad es una casa sin luz.

(25) *Muedzin* y en castellano antiguo almuédano es el que desde el alminar ó torre de la mezquita se dirige al pueblo diciendo: «Acudid á la casa de la oracion.»

(26) En el número de estos cautivos difieren los historiadores, haciéndolo subir desde 500 á 1.600. Prescott dice que «había quien llevaba sufridos diez y quince años de cautiverio y entre ellos algunos que pertenecian á las mejores familias de España.»

LA CONQUISTA DE MÁLAGA.

ROMANCE HISTÓRICO

distinguido con MENCIÓN HONORÍFICA, original

DE LA SEÑORITA

D.^a JOSEFA UGARTE-BARRIENTOS.

Cristiano y español con fé y sin miedo
canto mi religion, mi patria canto.

ZORRILLA.

INTRODUCCION.

Quiero cantar; mas mi lira
oscura, pobre, insonora,
no levantará su acento
do mi entusiasmo ambiciona.
Quiero cantar de mi patria
el esplendor y la gloria;
y sus fúlgidos laureles;
y sus huestes valerosas.
Fé santa, tú que guiaste
al combate y la victoria

á los Reyes de Castilla,
terror de la gente mora;
tú que inflamando sus pechos
de noble esperanza heróica,
hiciste grandes sus nombres
y su enseña vencedora;
tu llama enciende en el mio,
y mi voz humilde y tosca
cantará con vivo fuego
de aquellos dias la historia:
que para ensalzar la fama
de mi patria victoriosa,
lira tengo; que aunque ruda,
es altiva y Española.

Venid á mí, de aquel tiempo
dignas, venerables sombras;
¡Fernando!... ¡Isabel!... yo invoco
con amor vuestra memoria;
y si audáz mi pensamiento
á vosotros llegar osa,
y si atrevido mi lábio
vuestros grandes hechos nombra,
es solo porque os admiro;
porque el corazon adora
vuestro renombre grandioso
y de mi patria la gloria.

I.

1485.—1484.—1485.

PRELIMINARES.

Reunidos en un consejo
en la ciudad de Antequera,
hállanse los ricos-hombres
que del moro terror eran.
El noble marqués de Cádiz
y el de Cifuentes se encuentran
en este grave consejo,
donde se trata de guerra.
Que el Rey *Hacen* de Granada
nuestros campos tala y yerma;
á Zahara tomó, y por cierto
que aun está viva la afrenta;
y ya todos esforzados
á la venganza se aprestan,
y de Málaga en los montes
tomarla cumplida piensan.
Todos se visten la cota;
todos lucen sus empresas;
todos enristran su lanza;
todos sus tercios presentan.
Vése aquí de Santiago,
la roja cruz altanera;
del adelantado allí

la brava gente se ostenta;
unos lucen de sus damas
sobre el arnés las empresas;
otros, de vivos colores,
bandas sobre el pecho llevan;
y brillan del sol heridas
sus mallas y sus cimeras,
y el manso viento que sopla
las plumas agita y besa.
Ya relinchan sus caballos;
ya se parten de Antequera;
se alejan, y por los aires
un largo ¡viva! resuena.

Tocaba á su fin el día,
y por ignoradas sendas
el ejército cristiano
á Málaga ya se acerca;
mas su paso detuvieron
con asombro y con sorpresa
en un altivo collado
que á la ciudad vista diera;
y al ver de su mar la calma,
de su cielo la belleza,
gritan «adelante!» y meten
á los caballos espuelas!..
Mas ¡ay! presto tras los mares
el rojo sol descendiera,
y las blancas nubecillas

presto volaron deshechas.

Ya el crepúsculo ha pasado;
se hallan entre rudas quiebras,
y ya los moros defienden
las altas cumbres aquellas.
Y la oscuridad crecía;
y los caballos sin fuerza,
con ginetes y peones,
se derrumban por las peñas;
sobre ellos lanzan los moros
sus picas y sus saetas,
el espacio oscureciendo
con una nube de flechas.
Doquier crecía el espanto,
y se escuchaban do quiera
los alaridos del moro,
del moribundo las quejas,
que los ecos prolongaban
hasta las últimas sierras.
Y la oscuridad terrible
de aquella noche sangrienta
interrúmpela tan solo
las enemigas hogueras,
á cuya lumbre rojiza
brilla el pendon del profeta,
y á los árabes distinguen
saltando de quiebra en quiebra...
Pasó la noche horrorosa;

y el sol que del mar se eleva,
sobre sangre y yelmos rotos
su pura lumbre refleja.
Con ella, de los cristianos
el duelo, el pavor aumenta;
los estragos ven entonces
que por doquier les rodean.
Era vano el heroismo;
vanos sus esfuerzos eran;
pues que los moros brotaban
en aquella infausta tierra.
De pronto, «*El Zagal*:» se escucha;
grito que anima las fuerzas
del árabe, y que entusiasta
por todo el campo resuena,
pues era aquel el apodo
que á *Abdalla* su alcaide dieran.
Entonces el buen Maestre,
reuniendo sus cortas fuerzas,
su velóz caballo oprime;
á sus valientes arenga;
sube heróico la montaña;
entre los moros se entra;
mas sucumbe al fin su esfuerzo,
en tan desigual pelea...
El bravo marqués de Cádiz
que sube por otra senda,
por doquier, ¡ay! rodeado
de cadáveres se encuentra.
De sus jóvenes sobrinos

oye la oracion postrera:
los cuerpos ensangrentados
de tres hermanos contempla;
y entonces el héroe invicto,
quizá por la vez primera,
se estremece, se horroriza
de la muerte á la presencia;
y lanza un grito del alma
que por los montes resuena:
¡ay! que el corazon comprende,
pero que el habla no espresa.
Y la esperanza perdida,
y toda ilusion deshecha,
sus escuderos le arrancan
de aquella terrible escena.
El buen conde de Cifuentes
prisionero al fin cayera;
pero Aguilar con sus bravos,
defiende su noble enseña.
Cuando por la vez segunda
el alba sangre refleja,
se retiran peleando
con sus ya débiles fuerzas,
vendiendo caras sus vidas
con heróica resistencia.
Cubrióse el reino de luto
al saber la triste nueva,
y con lágrimas y duelo
recibiólos Antequera.
Y aquella infausta jornada

en el nombre se recuerda
con que se distingue hoy
de la Matanza la Cuesta.

Pasó un año; ya sus galas
luciendo la primavera,
de Andalucía los campos
esmalta de flores bellas.
Los que heróicos corazones
dentro de su pecho encierran,
por desgracias ó derrotas
no cobardes desalientan;
y el mismo sol que dá vida
del campo á la flor modesta,
yelmos, cascos y armaduras
ya ilumina en Antequera.

Los Reyes desde su córte,
que se halla en Córdoba, ordenan
á sus bravos caballeros
que de Málaga á las tierras
partan, por vengar cual deben
la nunca olvidada afrenta.
Divididos en batallas,
con nobles á la cabeza,
entre los cuales figura
el gran Gonzalo, penetran
de Málaga por los campos;

del moro en la pátria bella.
Cual el rayo furibundo;
cual destructora tormenta;
cual torrente desbordado
que valles arrasa y selvas,
el ejército cristiano
los campos hermosos yerma;
destruye las tiernas mieses;
las flores de las praderas;
los árboles corpulentos;
los molinos y las huertas.
Del *Atabal* á la torre (1)
el pavor sembrando llega;
todo doquier lo devasta;
todo lo arrasa doquiera;
y despues de algun encuentro
do rinde las moras fuerzas,
entre vítores y aplausos
vuelve á entrar en Antequera.



Un año despues, se hallaba
el Rey de Málaga cerca;
y doquier que del cristiano
tremolaban las banderas,
era la victoria fija,
fija del moro la afrenta.
La conquista de la Hoya
en breves dias se hiciera;
y el Rey oyendo el consejo

del Marqués de Cádiz, piensa
llevar sus armas, de Ronda
ante las murallas recias.
Era alcaide de esta plaza
Hamet el Zegri; mas de ella
lejos estaba, corriendo
con su gente nuestra tierra.
Pero al volver victorioso,
en vez de hallar como piensa
músicas y alegres zambras
con que su triunfo celebran,
en sus oídos el eco
de las lombardas resuena
y al cielo elevarse mira,
de humo negro nube densa:
que es ilusión, pensar quiere;
su alma de pavor se llena;
sube agitado á una altura,
y horrible cuadro contempla.
Desde allí, de los cristianos
el campamento blanquea;
de la cruz el estandarte
brilla del Rey en la tienda.
Las lombardas de Castilla,
hierro vomitando y piedras,
los fuertes muros derrumban;
palacios, mezquitas queman.
Se entrega por fin la plaza:
en vano el Zegri se esfuerza;
y Fernando victorioso,

á Córdoba dió la vuelta

II.

CÓRDOBA.

1487.

¡Córdoba! bella sultana!
la de los guerreros bravos;
la de los dulces poetas;
la de los califas sabios;
la que tiene por alfombra
las puras flores del campo;
la de la hermosa mezquita;
la que ganó San Fernando.
¡Qué vida reina en tus calles!
¡en tus hijos qué entusiasmo!
¡y qué fervor en tus templos!
¡qué placer en tus saraos!...
Ya del Betis en la orilla,
no se escucha el eco blando
de la guzla musulmana
que ya tus zambros pasaron.
Ya el sol tus morunas fiestas
no alumbra desde el ocaso,
ni los jardines de Záhara,
ni de Almanzor los palacios;
que ora tan solo ilumina

cotas, lanzas, petos, cascos.
Todo en Córdoba es guerrero;
todo bélico aparato.
Hoy las banderas tendidas
y las trompetas sonando,
de un noble la entrada anuncian
seguido de sus vasallos;
y mañana la venida
celebran de algun prelado,
ó de los grandes Maestres
y sus caballeros bravos.
Pero brilla sobre todos
el duque del Infantado,
por el lujo de sus tercios,
por su lucido aparato.
En su entrada le preceden
hasta quinientos armados,
con equipos á la guisa
de gran costo, de gran fausto;
inmenso tropel le sigue
de pecheros y de hidalgos,
de escuderos y de pages,
de peones y caballos.
Brillan por doquier sus lanzas;
flotan doquier sus penachos;
y absorto el pueblo le admira,
entre víctores y aplausos.
«Brava tropa para fiesta,
»buen duque,» dijo Fernando;
«pero vale mas el hierro

»para resistir los dardos.»
«Señor,» respondióle el duque,
«si hoy lucen mis castellanos,
»delante de los infieles
»sabrán morir esforzados.»
Corre el pueblo por las plazas,
á los nobles admirando;
con los Reyes conferencian
ricos hombres y prelados;
sus cintas bordan las damas,
y los donceles gallardos
con plumas de sus colores
adornan sus limpios cascos.
Se escucha aquí bajo un muro,
de amor dulce, tierno canto;
allí, del corcel de guerra
el galope acompasado.
Unos platican de amores;
otros de guerreros altos;
estos de grandes conquistas;
aquellos de nobles láuros;
y es todo ruido, algazara;
todo fiestas y saraos;
todo nobles ambiciones;
todo vida y entusiasmo.

Y tanto bélico apresto,
tanto marcial aparato,
es porque á Córdoba el Rey

á los nobles ha citado;
pues sabiendo que el Soldan
y *Bayaceto* intentaron
de Sicilia apoderarse,
viendo aquí nuestro adelanto,
mucho los puertos importan
que baña el Mediterráneo,
y sobre Málaga intenta
clavar su pendon preclaro.
El alcaide de esta plaza,
en ella el *Zagal* nombrado,
valiente cual ambicioso
y del Rey Hacen hermano,
estaba contra Granada
con su gente rebelado,
y por separarse de ella
hacía tiempo pugnando.
Y estas guerras fraticidas,
estos civiles estragos,
mucho mal hacen al moro,
y mucho bien al cristiano.

—

De Córdoba al fin partióse
nuestro ejército bizarro,
con el Rey á la cabeza
y los mas nobles hidalgos.
La artillería, tirada
llevaban por bueyes mansos;
y cuatro mil gastadores

seguian al Rey Fernando.
De Aragon y de Castilla
por los pendones guiados,
ya parten: sus limpias cotas,
brillan del sol á los rayos.

Despues de penosas marchas
y de continuos trabajos,
el valle hermoso de Velez
nuestras huestes avistaron.
Del mar la brisa suave
refrescaba sus collados,
donde las vides crecian,
donde pastaban rebaños.
Allí del moro se alzarán
los jardines y palacios,
entre los bosques graciosos
de olivares y granados.
Y á los extremos del valle,
á los piés de un cerro alto,
está Velez, defendido
por sus muros almenados.
Vése sobre el cerro un fuerte,
su cúspide coronando;
y allá en su torre mas alta
brilla el pendon Mahometano.
Al arribo de los nuestros
á este vergel encantado,
tambien de Trévento el conde

sus galeras al mar trajo.
El Rey todo lo apereibe,
que el sitio no está lejano,
si no se entrega la plaza,
con ellos capitulando.
Y cuando á su tienda vuelve
para descansar un tanto;
cuando su frugal sustento,
apenas lleva á los lábios;
oye confusa algazara,
y algunos pocos soldados
vé, que corren perseguidos
por multitud de contrarios.
Entonces coge una lanza,
y solo del peto armado,
monta un alazan y vuela
de los suyos al amparo.
Vuélvense los fugitivos,
aliento al verle cobrando;
y él combate como todos,
por su valor impulsado.
Un caballerizo, muerto
ante él cayó, y en el acto,
antes que huirse pudiera,
el moro que hirióle insano
rendido quedó en el suelo,
del mismo Rey á un lanzazo;
y hallóse en aquel instante
de cien moros rodeado,
próximo á perder la vida

del enemigo á las manos.
Mas llega el Marqués de Cádiz;
de Murcia el Adelantado;
y el Conde Cabra llega,
y el célebre Garcilaso;
y allí todos con sus pechos
un muro ante el Rey formando,
con los moros arremeten,
al grito de ¡Santiago!...
Brillan doquier los aceros;
vencen nuestros tercios bravos,
hasta las puertas de Velez
á los moros rechazando....

Y luego, porque no fuera
este suceso olvidado,
de Velez en los blasones
quiso la Reina grabarlo:
y un caballerizo muerto
muestran, y un Rey á caballo,
y algunos moros que huyen
ante el pendon castellano.

Muy largo el cerco se hacia;
pero ya de algunos barrios,
posesionarse pudieron
los guerreros de Fernando.
De capitular hablóles

á los de Velez en vano:
que un refuerzo de Granada,
presto esperan, contestaron;
hay ya quince mil infieles
en la Axarquia levantados,
y al Zagal aguardan todos
con su ayuda confiando.

De los moros de la Sierra
fueran los esfuerzos vanos;
del príncipe de Granada,
nada las huestes lograron;
á las armas españolas
nadie les disputa el campo;
nadie sus fuerzas resiste;
arrollan cuanto hay al paso.

Y al fin la ciudad entregan
los moros ya derrotados;
y ellos de allí se salieron
y allí los nuestros entraron.
Fué del Zagal á los planes
este suceso contrario,
pues el pueblo de Granada
vuélvese al antiguo bando;
mas en su intento no cede,
el Alcaide rebelado.

El débil Rey granadino
proteccion pide al cristiano;
concédesele el monarca,
y se postra cual vasallo
de Aragon y de Castilla

ante los Reyes preclaros.
Y despues de esta campaña,
ceñido de nobles lauros,
à Málaga se dirige
el ejército cristiano.

III.

MÁLAGA.

Sobre un tapiz de verdura,
bajo un transparente cielo,
por altos montes cercada,
bañada de un mar sereno,
Málaga gentil se ostenta,
de fértil llanura enmedio,
por sus torres defendida
y por sus muros espesos.
Tras de su oscura muralla
se levantaban esbeltos
de palacios y mezquitas
los minaretes ligeros;
y la ciudad dominando
sobre dos altivos cerros,
Gibralfaro y la Alcazaba
elevábanse soberbios.
Aún hoy nos muestran altivos
sus paredones ya negros.
¡Cuánta gloria allí se encierra!

¡Cuántos hermosos recuerdos!
Hacia la parte del Norte
los montes fértiles, frescos,
sus collados ostentaban,
de vides y árboles llenos.
Allí el naranjo crecía;
el ciprés y el limonero;
las adelfas y las rosas;
los granados y los cedros.
Allí lucía la palma,
cual de Arabia en los desiertos,
y los rojos alelíes,
y el álamo y el helecho;
y de la mar á la orilla
brillaban jardines bellos,
donde las quintas se alzaban
de los nobles agarenos,
con sus gratos pabellones
de bellas flores cubiertos.
Allí las fuentes bullían,
y de mármol y azulejos
derramábanse sus aguas,
sobre anchos estanques bellos.
¡Cuántas veces de las aves
al melodioso concierto,
al murmullo de las olas,
á los suspiros del viento,
de dulce cairel se unían
los melancólicos ecos,
el bullicio de las zambras,

las cántigas del mancebo!
Y esa cancion ¡cuántas veces,
las celosías abriendo,
tras el alfaizar oía
una mora de ojos negros!
¡Cuántas veces del crepúsculo
entre los tibios reflejos,
al *muezin* se distinguía (2)
que al minarete subiendo,
tres veces á Alah invocaba
con religioso respeto.
Y árboles, jardines, fuentes,
castillos, palacios, templos,
á todo prestaba luces,
belleza, vida, contento,
su sol brillante y hermoso,
el limpio azul de su cielo!!!..
Y sobre el mar se ostentaban
galeras de varios reinos,
vida y esplendor prestando
á su animado comercio.



Dos capitanes ilustres,
de caracteres diversos,
la mora ciudad defienden
con gomerres de ardor llenos.
Aben-Comixa tenia
de la Alcazaba el gobierno;
á Gibralfaro custodia

de *Hamet-el-Zegri* el esfuerzo;
y hasta quince mil gomerés
y otros notables guerreros
la ciudad fieles guardaran,
difícil su toma haciendo.

¡*Hamet-el-Zegri*, aquel hombre
de carácter noble y fiero;
el que alcaide fué de Ronda;
el esforzado; el soberbio!..

También mucho intervenía
un moro noble, opulento,
que *Aly-Dordux* se nombraba,
de Málaga en el gobierno.

Escuchaban sus razones
con placer en los consejos,
y era querido de todos
y respetado del pueblo.

A este noble personaje,
en clase de parlamento,
Don Fernando del Pulgar
presentóse con un pliego,
que era una carta del rey
concebida en estos términos:

«*Aly-Dordux*: yo os escribo,
y á esa ciudad, como pienso
»que por sus cartas vereis
»que remito á poder vuestro.
»Vos, por su bien procurais,
»cual persona de buen seso,
»é por ende, yo vos mando

»deis orden para que luego
»aquesa ciudad responda,
»conformándose cual creo,
»con lo que á la vida é bienes
»conviene de aqueso pueblo.
»Lo que á mi servicio cumple,
»que hareis por su bien espero;
»é yo vos haré mercedes,
»para vos é vuestros deudos.»

Quedó Aly-Dordux pasmado
este mensaje leyendo;
y á la Alcazaba llegóse,
con algunos caballeros.

Allí á Aben-Comixa hablara;
y haciéndole ver el riesgo
que en un asalto corrieran,
y los males de un asedio;
la pérdida de las vidas;
la ruina del comercio.....

dejó entrever la esperanza
de que al cristiano cediendo,
aún conserven sus costumbres
y la fé de sus abuelos.

De la Alcazaba el alcaide,
tales razones oyendo,
ver al Rey en sus reales
decide al fin. En su puesto,
deja á su hermano los dias
que durasen los conciertos.
Amet-el-Zegri, los planes

de entrambos ya conociendo,
su instinto eobarde odiando
y de r bia y furor ciego,
se baja con sus gomer s
de su castillo altanero;
en la Alcazaba se entra:
el hermano de Aben, muerto
all  cayó, y de la plaza,
se aclama jefe supremo.
El Rey suspende los tratos,
este atentado sabiendo,
y sus huestes apercibe
para establecer el cerco.
Mas antes de que empezaran
los horrores del asedio,
con dadivosas ofertas
al Zegr  ganar quisieron:
mas todo al fin es inútil,
que el generoso agareno
jur  morir animoso,
  su pátria defendiendo.
Al ver que nada consiguen
con pacíficos esfuerzos,
  Málaga se encaminan
nuestros valientes guerreros.
De Bizmiliana ya sale
de la artillería el grueso,
donde estuvo situada
durante los parlamentos.
En columnas aguerridas

la acompañan nuestros tercios,
por las orillas graciosas
que acaricia el mar sereno;
y sus ondas azuladas
surcaba con rumbo lento,
la flota que conducía
de la guerra los aprestos.
¡Qué lucidos escuadranes!...
¡cómo brillaban sus petos
del sol de Málaga ardiente
á los fúlgidos destellos.
Siete siglos se pasaron
sin que en este hermoso suelo,
de Castilla los pendones
agitára manso el viento.
Amet-el-Zegri contempla,
de ira rebozando el pecho,
tras una negra atalaya,
del cristiano los aceros;
y viendo que ya se acercan,
á los suyos manda luego
que salgan tres pelotones
de la vanguardia al encuentro,
y presto de San Cristóbal
se estacionan en el cerro.
Los adalides cristianos,
la importancia comprendiendo
que este punto prometía,
hacia él destacan un cuerpo
de capitanes hidalgos

y de atrevidos gallegos.
La cuesta suben valientes ..
¡Mas ay! en vano subieron!...
pues descenden rechazados
del moro por los esfuerzos;
y seis horas de combate
valerosos sostuvieron,
con flechas y cimitarras;
con puñales y con fuego;
hasta que al fin Luis Maceda,
cerrando con sus gallegos,
clava el pendon de Castilla
sobre la cumbre del cerro.

IV.

EL SITIO.

Puro, hermoso, transparente,
de Mayo amanece un dia;
y el sol que del mar se eleva,
con toda su pompa brilla.
La flor sacude el rocío
y abre su corola limpia;
murmura la fuente clara;
el ave en la selva trina.
¡Oh! cuán hermosa aparece
la árabe ciudad dormida,
con sus torres y sus muros;

sus harenes y mezquitas,
aun entre brumas se esconden
sus fortalezas erguidas,
sus flores la dan aromas
tranquilo el mar la acaricia.
La tienda real se eleva
en la huerta de la Acibar; (3)
desde allí contempla absorto
el monarca de Castilla,
la hermosura de sus valles;
su aire perfumado aspira,
y su belleza admirando,
vaga estasiada su vista.
¡Quién á describir alcanza
el encanto, la delicia,
de una mañana de Mayo,
bajo el sol de Andalucia!..
Ya está Málaga cercada;
y ya sobre sus colinas,
de los guerreros cristianos,
las nobles enseñas brillan.
El cerro de San Cristóbal,
al de Cádiz se confía;
sus ginetes y peones,
llegan del mar á la orilla. (4)
El buen Don Diego de Córdoba
con las huestes de Medina
y Alburquerque, de Granada
á la puerta se aproxima:
y la division tercera

con la gente de Sevilla,
obedeciendo á Cifuentes
que ya rescatado habian,
de lo que Calvario es hoy
ocupaba la avenida.

El Comendador mayor
de Calatrava, se unia
al de Feria y Figueroa;
y la huerta de la Acibar
y la persona del Rey
con sus huestes defendian.

Donde hoy yace Capuchinos
se hallaba la estancia quinta;
El Maestre y el Clavero
de Calatrava; Padilla,
y el buen Don Alonso Enriquez,
á su cabeza se miran.

El Conde de Benavente,
con las haces aguerridas
de Don Pedro de Carrillo;
del Obispo de Sevilla;
y sus vasallos, formaba
la sesta en Guadalmedina.

Ureña; Alonso de Córdoba
los Angeles guarnecian.
Tras de la Tienda Real,
luce Nagera su insignia.

Do la Trinidad se ostenta,
sobre esa humilde colina,
Toledo, Almaraz y Osorio

sus tercios valientes guian.
La estancia décima, acata
á Mendoza en Zamarrilla.
La undécima en otra altura (5)
á nobles de gran pericia,
y de Alcántara al Maestre
y al de Santiago fian.
La duodécima la mandan, (6)
Garci-Lopez de Padilla,
Don Antonio de Fonseca,
y otros de valor y estima.
De Gibralfaro delante
y del puente, se veían
dos baterias de fuerza
que hierro y piedras vomitan:
una, de siete lombardas,
á las cuales denominan
«Las siete hermanas Gimenas»
de todos bien conocidas.
Por último el de Trevento
la flota cristiana guia,
que el semicírculo cierra,
y á Málaga incomunica.

¡Qué espectáculo tan bello!..
coronando las colinas
las nobles enseñas lucen
de los grandes de Castilla!
Sobre unas, de Santiago

la espléndida cruz domina;
de los hidalgos en otras,
las armas y las divisas.
Aquí máquinas construyen
para que al asalto sirvan:
allí, las balas de piedra
para las lombardas, pican.
Aquí pages y escuderos,
de un noble las armas limpian:
unos, lanzas aperciben,
otros caballos ensillan:
y el rumor que el taller forma,
y el caballo que relincha;
y la canción del guerrero;
de las marchas la armonía,
se enlazan, y se confunden
con el fragor que horroriza,
de la lombarda que truena,
que muro y torres derriba,
y á los gritos del combate,
y á los ayes del que espira,
el Zegrí desde el castillo
sobre una torre maciza,
el esterminio contempla
de la ciudad tan querida,
«Y bien:» furioso exclamaba
con sarcástica sonrisa,
al ver los globos de fuego
que en el espacio lucian;
y de los ricos palacios

el escombros y las cenizas
que presto cual humo leve,
en el viento se perdian:
«Llegad si os place, cristianos,
«mas de Aragon y Castilla,
«nunca sobre mis almenas,
«han de brillar las insignias;
bajo sus escombros antes,
sabremos perder las vidas;
y el vencedor tendrá solo,
cadáveres y ruinas.

A la puerta de Granada
ya los nuestros se aproximan;
que era quizás la mas récia
que á la ciudad guarecia.
Llega el conde de Cifuentes
con una hueste aguerrida,
y una torre que ya casi
demolió la artillería,
tomar por asalto intenta,
y las escalas arriman.
Desde los altos adarbes
los moros se defendian
dando fuego á las escalas,
pez arrojando y resina.
Los nuestros, por subir pugnan;
Mas ¡ay! en vano se obstinan;
que de las moras troneras

sobre ellos precipitan,
espesa nube de dardos,
y piedras arrojadizas.
Pero de refuerzo vino
Nágera el siguiente día,
y ya vuelven al asalto,
y ya la torre dominan,
y en sus almenas, ¡victoria!
con júbilo inmenso gritan.
Mas ¡ay! que la socavaron
los árabes en su huida!..
con estrépito se hunde,
sepultando en sus ruinas
á unos, y esponiendo á otros;
á las flechas enemigas;
mas por una brecha entraron,
y venciendo á la morisma,
del arrábal en los muros,
lució el pendon de Castilla.

Mas todas estas ventajas
ser bastantes no podian,
para asegurar la empresa
de tan gloriosa conquista.
Los moros, se reforzaban
con gran presteza, aun perdida,
ninguna muralla tienen,
y largo el sitio se hacia.
Ya los nuestros se impacientan;

y con zozobra aflictiva,
que subsistencias faltasen,
al ejército temian.
Y por todo el campamento
susúrrase que maligna
una epidemia aparece
por la comarca vecina.
El desaliento, ya cunde
y aquellos que la codicia,
no el valor, al cerco trajo,
de él cobardes se retiran.
Con tales nuevas, los moros
sus esperanzas animan
y fortifican los muros,
y hacen súbitas salidas.
Pero Fernando prudente,
que venga á la Reina avisa,
y disipe los rumores,
que por el campo corrian.

—

Mas treguas demos ahora
de la guerra á las fatigas,
y un homenaje rindamos
á la Reina de Castilla!...

V.

LA REINA.

Era una tarde serena;
el rojo sol se ocultaba,
tiñendo el azul del cielo,
con leves nubes de grana.
Las olas del mar tranquilo
al deslizarse en la playa,
un suspiro lastimero,
con su eco dulce formaban.
Los estandartes ondean
sobre las tiendas cristianas;
y cesaron ya los fuegos,
y callaron las lombardas.
Todo es júbilo en el campo;
todos con placer se abrazan;
todos el nombre pronuncian
de su exelsa Soberana.
Ya Isabel al cerco llega
y ya impacientes la aguardan,
y Fernando con los grandes,
á su encuentro se adelanta.
Algo del Real se aleja
de Aragon el buen monarca;
y á la Reina de Castilla
con los suyos al fin halla....

De guerreros precedida,
sobre una mula castaña
que ricos jaeces cubren
de brocados y de plata,
con riendas de seda y oro
y magnífica gualdrapa,
asentada en una silla
de guarniciones doradas,
en su apostura mostrando
su magestad y su gracia,
modesta, digna y hermosa,
la noble Reina cabalga.
El cabello tiene rubio;
ojos azules; tez blanca;
la mirada, dulce y tierna;
sensible y piadosa el alma;
y en su frente la aureola
que génio y virtud alcanzan.
Brial de terciopelo viste;
de brocado, rica saya;
birrete negro con pluma,
y gran manto de escarlata
recamado á la morisca,
su digno porte realza.
Al divisarse, tres veces
se saludan los monarcas;
y despues con gran cariño,
el Rey á la Reina abraza.
Ya en el campamento entra
precedida de sus guardias;

camina á su izquierda el Rey;
detrás, los pages y damas;
atabales y añafles,
baten compasados marcha;
doblan todos la rodilla
y la admiran; y entusiasta,
un largo ¡viva! resuena
que henchidos de gozo lanzan:
¡Viva la Reina!! se escucha
en las últimas montañas;
¡Viva la Reina!!! responden,
nobles, plebeyos y guardias;
Y el eco, repite, ¡viva!!!..
allá en las cumbres mas altas.
Y aquel grito que potente
ha cuatro siglos sonaba,
aun que se escucha creemos;
aun nuestro pecho entusiasmo.



La régia tienda colocan
de la noble Soberana,
en esa modesta altura,
do la Trinidad se halla.
Su llegada pone tregua
al ataque de la plaza,
á la que van emisarios,
que de paz al moro hablan.
Pero Amet-Zegrí que abriga
aun de vencer la esperanza,

los hace marchar furioso,
con mal comprimida rabia.

Por visitar al de Cádiz,
el Rey y la Reina pasan
á su tienda de brocados,
y ricos paños de Francia.
Los del Marqués, á los Reyes,
y los grandes y las damas,
platos esquisitos sirven,
dulces licores escancian.
Y el noble señor gozoso,
á los Reyes que lo honraran,
sus fuertes lombardas muestra,
sus caballos y sus armas:
mas su rostro palidece
se perturba su mirada:
y es, que vé de Gibralfaro
sobre la torre mas alta,
su misma bandera erguida;
su propia enseña clavada;
aquel pendon que perdiera
en los montes de la Axarquia,
allí para afrenta suya,
ufano el Zegri levanta;
y él jura del moro altivo,
tomar cumplida venganza.
Tomóla; que al dia siguiente
cuando apenas luce el alba,

ya truenan contra el castillo,
del de Cádiz las lombardas.
Sus almenas se confunden
entre las sombras opacas
que alzan el humo y escombros,
que despiden sus murallas;
y ya la torre altanera
donde el pendon se ostentara,
es un monton de ruinas
de sangre mora bañadas.
El de Cádiz victorioso
sus trincheras adelanta,
á los suyos acampando,
de Gibralfaro en la falda.
El fuego terrible cesa,
lóbrega la noche avanza;
y ya se aduerme el guerrero,
sobre su yelmo y su espada.
Y en vez de arcabuces roncós,
solo se escuchan las auras,
y la voz del centinela,
y las olas en la playa.
Mas de repente mil moros
con Aben Zenete bajan,
y á los cristianos sorprenden,
y á sus trincheras se lanzan;
estos, huyen espantados;
pero al fin el marqués habla,
y arremeten con los moros,
al grita de «¡cierra España!»

Terrible fué la pelea;
desde aquellas peñas altas,
ruedan moros y cristianos.
que cuerpo á cuerpo batallan.
Aquí brillan los puñales;
allí, picas y alabardas;
pero ya los moros ceden;
ya los nuestros los rechazan,
y á Aben Zenete retiran
herido de una lanzada.
Ortega de Prado; Lopez;
Sotomayor, la montaña
con su noble sangre tiñen;
bravos mueren por su patria.

Se estrecha el cerco; á los muros,
se aproximan las estancias;
y el Zegrí que nunca cede,
defensa heroica prepara.
Mas ¡ay! que faltan las fuerzas
á la ciudad desdichada;
y para mas desventura,
ya los víveres le faltan.
Varios moros principales
vertiendo los ojos lágrimas,
hondos suspiros lanzando;
llena de dolor el alma,
á Aly-Dordux se presentan,
el cual una puerta guarda;

y le ruegan por sus hijos,
por sus esposas amadas,
que egerza su gran influjo,
para que entreguen la plaza,
y al fin entren los cristianos,
y terminen las desgracias.
Aly-Dordux se conmueve
al escuchar sus palabras,
y propone al Rey Fernando
facilitarle la entrada
por la puerta que él custodia,
si vida y bienes les salva.
Del cristiano á los reales,
un fiel emisario manda;
pero al regresar ansioso
con la respuesta anhelada,
le sorprenden los gomeres;
y él burla su vigilancia,
al campo cristiano huyendo,
de los tratos con las cartas;
Mas ¡ay! que una aguda flecha
le ha atravesado la espalda;
y el fiel mensagero espira,
pero su secreto salva.

Aquel Zagal tan famoso,
el vencedor de la Axarquia
su brava gente reúne
en Guadix donde se halla,

y de refuerzo la envia
à los gomeres de Málaga;
mas batióla en el camino
el débil rey de Granada;
que así su adhesion les prueba
à los cristianos monarcas.
Y el príncipe degradado
dió al Rey noticia tan fausta,
con magníficos presentes
de tapices y de armas,
rogándole al mismo tiempo
que algunas fuerzas cristianas,
le protejan de los bandos,
que en su reino se levantan.
Todo al cristiano cedia;
nuevos señores llegaban,
y de Tremecen, un moro,
vino con una embajada,
y al Rey caballos ofrece,
y perfumes de la Arabia.

—

¡Dichosos dias aquellos!
victoriosa y respetada,
asombro del mundo era
nuestra enseña castellana.

VI.

DOS SANTONES.

LA BANDERA BLANCA.

En una aldea no lejos
de Guadix, moraba un hombre,
que há luengos años vivia
entre ayunos y oraciones.
Y su vida penitente;
su grave y severo porte;
su blanca y *crecida barba*;
sus largas meditaciones;
y el decir que le habla un angel
del gran profeta en el nombre;
hacen que santo le crean
del valle los moradores.
De Guadix en cierto dia
por las calles presentóse
con los ojos encendidos;
demudadas las facciones;
y al pueblo, furioso incita
con sus gestos y sus voces,
para que le siga, y salve
á Málaga de opresores.
El fanatismo del pueblo
sus locas frases acoge;

y frenéticos le siguen
hasta cuatrocientos hombres.

Apenas la luz del alba
doraba los horizontes,
cuando en el campo cristiano,
confuso rumor alzóse;
y del de Cádiz la gente
por los moros pelotones
que al ciego Santon seguían,
envuelta un momento vióse.
Mas con ellos arremeten
nuestras valientes legiones,
y el moro que allí no cae,
vencido, á Málaga corre.
Sin mezclarse en la contienda;
extasiado; fijo; inmóvil;
con las manos hácia el cielo,
al moro Santon hallóse.
Nuestra gente le distingue,
admirada contemplóle,
y al noble marqués presentan
aquel tan extraño hombre.
El de Cádiz sorprendido
su designio preguntóle:
él contestó que era Santo;
que por los astros conoce
lo que del asedio resta;
lo que tal vez á él importe.

El marqués quizá curioso
que se espliche exige entonces.
Y él, que delante del Rey
solo debe hablar, responde.
Sus Altezas aun no pueden
recibirle, y por su orden,
de Alvaro de Portugal,
á la tienda dirigióse.
Entra en ella el moro, y viendo
el lujo de sus señores,
piensa hallarse con los Reyes;
tira de un arma que esconde,
y en la cabeza á D. Alvaro,
herida tal infirióle,
que en el duro pavimento
cayó sin sentido el jóven.
A Beatriz de Bobadilla
su bella esposa, volvióse
con el puñal levantado
para repetir el golpe;
mas por fortuna el acero
ligeramente enredóse
de aquella lujosa tienda
en los ricos pabellones.
En el acto lo desarman
Belalcazar y Rui-Lopez
y los cristianos guerreros
sobre él se lanzan veloces;
dánle muerte; su cadáver
en la catapulta ponen (7)

y lo arrojan á la plaza,
do los moros lo recogen.

Todo en el campo es ventura;
de Medina el Duque noble,
al cerco bizarro llega,
en pos de gloria y honores.
Todo en la ciudad es duelo
el hambre y las privaciones,
en los hogares del moro
ya despliegan sus horrores.
Allí, tan solo se escuchan
del guerrero las canciones,
aquí, suspiros del alma,
ayes y quejas se oyen;
allí, esperanzas es todo,
aquí todo sinsabores.
Y desesperado el pueblo
por plazas y calles corre,
de tanto sufrir cansado;
sin fuerzas, sin ilusiones.
De aquel santón concluyeron
los funerarios honores,
y otro *Dervich* se presenta
de profeta con el nombre;
lleva una bandera blanca,
y dice que Alah envíole
para arrojar de sus tierras
los cristianos vencedores,

si su blanca enseña siguen,
y en él su esperanza ponen.
El pueblo desesperado
el combate pide á voces;
El Zegrí con gran respeto
al falso santón acoge;
á Gibralfaro lo lleva
porque el pueblo aliento cobre,
y aquella bandera blanca
levanta sobre una torre.

Compadecido Fernando,
vuelve á hacer proposiciones;
mas guiado por el Dérwich,
Amet-Zegrí no las oye.
Su ardor redobla el cristiano;
y tras un terrible choque,
de la puerta de Granada
toma los dos torreones.
El buen Ramirez de Orena,
de un récio puente encargóse,
que bravos moros defienden
y guardan macizas torres;
pero nada al fin le valen
sus antiguos murallones,
contra el esfuerzo bizarro
de Orena y sus gastadores.
Mas tarde, al bravo Ramirez,
el Rey caballero armóle

sobre las mismas ruinas,
premiando su esfuerzon oble.

Mas ¡ay! que el hambre crecia,
y los tristes moradores
de la ciudad, moribundos
claman con débiles voces,
que ser esclavos desean
de las cristianas legiones.
¡Qué espectáculo tan triste
Málaga presenta entonces!.
Doquier pálidos, inermes,
con luto en los corazones;
con lágrimas en los ojos;
llena el alma de dolores,
al cielo pidiendo ausilio
con sus ayes y oraciones,
febriles, hambrientos, vagan,
niños, mugeres y hombres.
Del Dérwich la blanca enseña,
freno á tal dolor no pone;
y ya del Zegrí murmuran
en confusion y desórden.
A Aly-Dordux se presentan,
pidiendo que los rigores
de Amet contenga, y se entreguen
á los cristianos pendones.
Y Aly-Dordux á quien siguen
otros dos nobles señores,

se dirige á Gibralfaro
á esponer sus peticiones.

Ante un bufete de piedra;
sobre ricos almohadones;
de una lámpara de hierro
á los ténues resplandores,
del castillo en una cuadra
severos, tristes, inmables,
se ven dos hombres sumidos
en amargas reflexiones.
Pergaminos con figuras
cabalísticas é informes
sobre el bufete se hallan
en aquella aciaga noche;
y entre las sombras que apenas
la luz amarilla rompe,
del Dérvich y el Zegrí bravo
distínguense las facciones.

Ali-Dordux al castillo
llegó; y con sereno porte
ante los dos personajes
los males del pueblo espone.
Amet-Zegrí le contesta
que aquel santo no desoye
sus quejas, y que sus cuitas
han de estinguirse veloces.

«¡*Alahu-Akbar!* Dios es grande!
»que seremos vencedores,
»Está escrito: En Dios confien;
»en él su esperanza apoyen.»

Apenas los mensajeros
bajan del castillo, se oye
confuso rumor de armas
de atabales y de voces;
y es que Amet con sus gomeres
al campo cristiano corre,
tras de la blanca bandera
y al frente de sus legiones;
último esfuerzo que á un héroe
el fanatismo inspiróle.
El Dervich con su estandarte
precedia á aquellos hombres;
el pueblo escuálido al verle,
se prosterna entre clamores;
y ¡*Alahu-Akbar!* todos gritan:
solo ¡*Alahu-Akbar!* se oye.
Ya de la ciudad salieron,
y sus tristes moradores,
con ánsia y temor coronan,
las murallas y las torres.

VII.

LA ENTREGA.

Ya los gomeres se arrojan
contra las cristianas fuerzas
por Amet-Zegrí guiados
tras de la blanca bandera.
Todos, de la patria juran
perecer por la defensa;
y de los grandes Maestres
arremeten las trincheras,
estrago terrible haciendo,
devastando cuanto encuentran.
Mas un moro, en lo mas recio
de la horrísona pelea,
ante unos niños se para
y con heróica clemencia,
«andad, r. xpaces» les dice
«á vuestras madres y aprieta.»
Aquella piedad el Dervich
le reprende con dureza,
y él responde: *«los matára
si barbas en ellos viera.»*
Accion noble, que la historia,
en sus páginas recuerda,
y á la cual el Rey Fernando,
dió cumplida recompensa.

Alármase el campamento
de un ataque que no espera
y por guardar á los Reyes,
á su tienda se replega.
Terrible fué la batalla;
los arcabuces resuenan;
picas y alabardas hieren,
cruzan el aire las flechas;
entre nubes de humo y polvo
hombres y caballos ruedan,
y en el espacio se pierden,
gritos, lamentos y quejas.
¡Santiago! ¡Cierra España!
claman los nuestros, que cierran
con la morisma que cede,
y por un instante ceja.
Amet-el-Zegrí furioso
á sus gomerres alienta;
y ardiendo de rabia el *Dérvich*
agita su blanca enseña.
Los moros desesperados
se lanzan tras la bandera
y á los parapetos corren
entre dardos y saetas;
mas al subir animosos,
de los nuestros una piedra,
puso fin á las locuras,
de aquel mentido profeta.
Al *Dérvich* mirando muerto
los árabes desalientan,

y en confuso tropel, huyen
seguidos de nuestras fuerzas.
Huyen los bravos Gomerres;
en vano el Zegrí se empeña;
y de oprobio y dolor llenos
en Málaga al fin se entran.
Con denuestos los recibe
el pueblo, que se subleva:
Amet-el-Zegrí, perdido
su acendiente, el mando entrega,
y en el castillo se esconde,
devorando su vergüenza.

Alí-Dordux le sucede,
y es su decision primera
mandar un parlamentario
ofreciendo al Rey la entrega,
si respetarles promete
las vidas y las haciendas.
«De condiciones no es tiempo;»
dijo el Rey con entereza;
«y pues recursos no tienen
»al vencedor se sometan.»
Vuelven á hacer peticiones,
mas nada logran con ellas;
«y que á discrecion se rindan»
solo obtienen por respuesta.
Los moros ciegos de ira,
desesperados contestan,

que si á su ruego no acceden,
colgarán de las almenas
mil y quinientos cristianos
que en sus mazmorras encierran.
Pero el hambre los consume;
de Alí-Dordux la voz suena,
que entre el inmenso gentío,
así potente se eleva:
«Hijos de Málaga: solo
ya la esperanza nos resta
de implorar ante él rendidos
de Fernando la clemencia.
Y si el vencedor desoye
nuestro llanto y nuestras quejas,
á los piés nos arrojemos
de la magnánima Reina.

Ya depuestos sus rencores,
el pueblo piedad espera,
y á Alí-Dordux autoriza
para efectuar la entrega.
Parte el moro ilustre al campo,
con regalos de oro y seda,
perfumes y ricas joyas,
y á los Reyes se presenta:
y en su piedad confiando
su virtud y su grandeza,
dice, que se entrega el pueblo,
y á sus plantas se prosterna.

Indultado por los Reyes,
con otras familias queda.
Y Don Gutierre de Cárdenas
en nombre de sus Altezas
armado de punta en blanco,
ya la ciudad atraviesa.
Y á la Alcazaba subiendo,
en aquesa torre vieja
que su frente carcomida
aun sobre Málaga eleva,
entre vítores y salvas,
de Castilla la bandera
alzóse, y de Santiago,
y de la Cruz, las enseñas.
¡Castilla!.. ¡Isabel!.. ¡Fernando!!!
tres veces allí resuena.
Y estos gritos de victoria
se confunden y se mezclan,
con los ayes, y los vivas,
y las músicas guerreras.....
El dieziocho de Agosto
del año de nuestra era
que á la sazón se contaba
mil cuatrocientos ochenta
y siete, llevóse á cabo
tan grande y feliz empresa.

El pueblo, devora ansioso
los víveres que la Reina

de su mal compadecida
que le repartan ordena.
Amet Zegrí despechado
con indignacion contempla
la santa cruz que corona
sus árabes fortalezas:
y vaga por el castillo
de furor el alma llena,
exigiendo condiciones
para realizar su entrega.
«*Que se rinda!*» Fué tan solo,
de Fernando la respuesta.
Y al fin el héroe se humilla
del vencedor en presencia.
A aquel defensor invicto
de su patria, entre cadenas,
de aqueste modo, le oyen
hablar por la vez postrera:
«Yo hubiera muerto gozoso
»de mi patria en la defensa,
»si otros cual yo pelearan
»y si ayudado me hubieran.»
Y la historia ha enmudecido
de este capitan acerca;
pero su valor y arrojo,
en sus páginas recuerda.

De la ciudad no distante,
se alza una sencilla tienda

donde un altar se levanta,
y de Castilla la enseña.
Y mil quinientos cautivos
que en las mazmorras gimieran,
por los Reyes libertados,
reverentes se prosternan.
Al Altísimo dan gracias,
lágrimas vertiendo tiernas,
ante la cruz redentora
que quebranta las cadenas

CONCLUSION.

Precedidos de atabales,
y en gran procesion devota
los Reyes hacen su entrada
con régia y cristiana pompa.
Delante marchan Toledo,
capellan de la corona,
con una cruz de oro y plata,
y el buen Cardenal Mendoza.
La alta nobleza les sigue
en actitud religiosa,
armados de ricas armas,
ceñidas lucientes cotas.
Sus plumas el viento mece;
y llevan para su escolta,
de pages y de escuderos,

lucida y brillante tropa.
El sol ardiente de Agosto
con sus fuertes rayos dora
armaduras y alabardas,
brocados, plumas y joyas.
Y la procesion cerrando,
se eleva magestuosa,
de entrambos Reyes en medio,
la Virgen de la Victoria.
Esa imágen venerada,
á cuyas plantas ahora,
en sus dichas y en sus duelos,
Málaga humilde se postra.
¡Descalzos marchan los Reyes;
probando á su gente absorta,
que de Dios delante humillan
su esplendor y su corona!...
Y setenta mil guerreros
con sus gritos de victoria;
y el tronar de las lombardas,
y las músicas sonoras,
sublime entusiasmo prestan
á aquella escena de gloria,
que recuerdan con orgullo
nuestras armas españolas!!...

FIN.